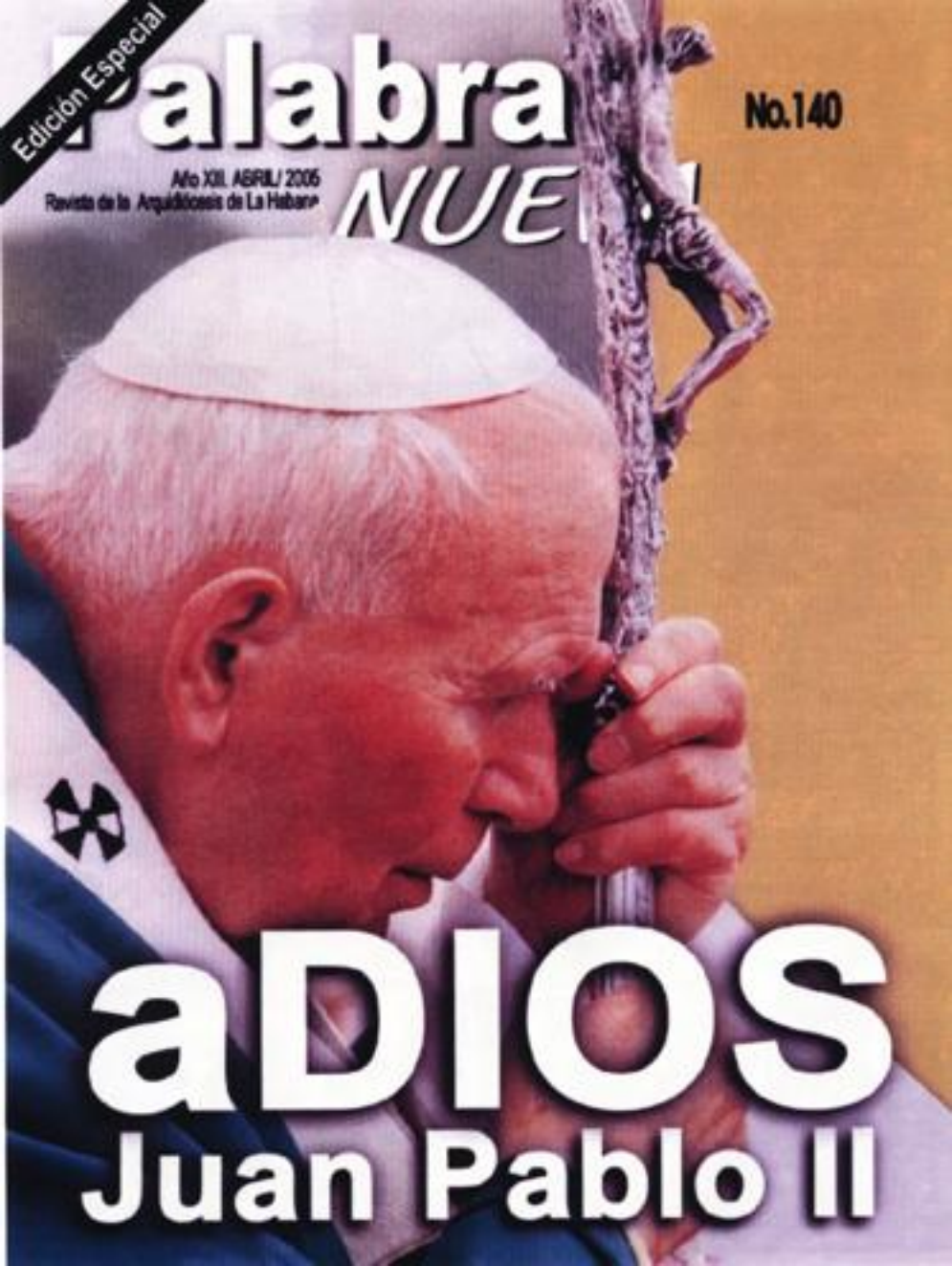
Edición Especial

Palabra NUEVA

No.140

Año XII. ABRIL/ 2005

Revista de la Arquidiócesis de La Habana



aDIOS Juan Pablo II

por Orlando MÁRQUEZ

UN PAPA GRANDE

CUANDO ESTA EDICIÓN CIRCULE, EL CARDENAL Joseph Ratzinger, con el nombre de Benedicto XVI, se apresta a regir desde la Cátedra de Pedro, en Roma, a toda la Iglesia. En el próximo número daremos más información sobre el nuevo Papa y el primer Cónclave de Cardenales en este siglo y milenios que comienzan. Será motivo de regocijo y júbilo, y de agradecimiento a Dios por el nuevo papado que se inicia.

Pero se impone ahora una palabra en honor del Papa polaco. Esta edición especial que presentamos, sin pretender abarcar a plenitud la vida y obra de Juan Pablo II, lleva como única intención honrar, de forma sencilla y sentida, la memoria del hombre grande por voluntad de Dios y por su propia entrega.

La muerte de Juan Pablo II, al acecho por mucho tiempo, llegó definitivamente el primer sábado de Pascua, vísperas del Domingo de la Misericordia y siete semanas después de la muerte de Sor Lucía, la monja portuguesa a quien en su infancia le fue revelado el cruento atentado contra el hombre de la vestidura blanca.

Los hijos de la Iglesia estamos familiarizados con las imágenes de santos, cuyas vidas relatadas por sus biógrafos nos deben servir de ejemplo. Aun así, muchas veces no tenemos más que sus estatuas frías sobre los altares, mientras ellos permanecen distantes en el tiempo y en el espacio, porque no pocas veces los consideramos distantes de nuestras propias posibilidades. Sin embargo, hemos tenido el privilegio de conocer a uno, de percibirlo cercano –por la prensa, la radio o las pantallas, pero *sobre todo por sus viajes pastorales*–, atento, constante, alegre, grave, sufriente, a la vez que guardián celoso de nuestra fe. ¿Acaso su –a veces– cuestionado record de beatificaciones y canonizaciones no es una manera de decirnos que la santidad está al alcance de todos, consagrados o no?

Ya no importa tanto si el reclamo de proclamarle "santo ya", enarbolado en la Plaza San Pedro el día de sus funerales, recibirá respuesta canónica en uno o cinco años. Era un destinado por la Gracia de Dios: desde joven quedó "solo" en este mundo –sin padres ni hermanos–; fue "invisible" a los ojos de una redada nazi en su residencia; "perdonado" por el soldado soviético que tenía órdenes de ejecutarlo; sacerdote "discreto" –con más intereses intelectuales que políticos, según los informes de los servicios de inteligencia polacos–; místico fuera de claustros; fidelísimo a la Iglesia; elegido Sumo Pontífice fuera de pronósticos humanos; sobreviviente de un atentado con arma de fuego; polaco y Papa en el momento del derrumbe soviético; "robador" de cámaras en la época de la imagen por su autenticidad; "palanca" de Dios en el momento preciso –fines del siglo XX–, en el punto preciso –Roma, sede de la cristiandad y campo regado por la sangre de los mártires de la fe– para mover al mundo y sacudir la misma Iglesia...

¿Carisma? Mucho, del verdadero y necesario: de quien descubre a Dios en los seres humanos, el de ser uno mismo en la medida que más se parece a otros por el simple hecho de estar atento a sus necesidades, sufrimientos, anhelos y esperanzas. Un buen ejemplo para los líderes –de hoy y mañana– que únicamente se parecen a ellos mismos.

¿Qué decir del sufrimiento físico? Que gran lección nos dejó: aceptar el sufrimiento como parte inseparable de la condición humana. No es que el hombre deba buscar el sufrimiento o esté condenado a sufrir. Pero quien ama la vida y desea vivir, crece también en los momentos difíciles, duros y amargos, sin fugas. Ante la facilidad con que unos proponen la eutanasia y desconocen la condición humana presente aún en la postración física o el deterioro de la mente, el Papa Juan Pablo II se aferró no al poder, sino al "hágase Tu voluntad" y abrazó su cruz hasta el fin. Así se ama a la Iglesia de Jesucristo: hasta la muerte. Sí, se le puede llamar *Joannes Paulus Magnus.*

Podremos también suponer el sufrimiento espiritual del Papa, sólo suponer. Es un don del Espíritu Santo ser elegido entre los cardenales para servir a la Iglesia, pero el servicio incluye también cargar con una pesada cruz. Y este sufrir tiene un bálsamo que sólo conocen, como él conoció, quienes se abandonan a Dios.

Y todo eso, que se sintetizó en la vida de este polaco llegado al trono de Pedro, tuvimos la oportunidad de verlo y escucharlo en Cuba. Siempre hubo un interés especial de él por los católicos cubanos y la Iglesia que aquí vive, quizás por nuestra coyuntura especial, por la experiencia que conoció en su propio país, por lo que fuera... Siempre que tenía una oportunidad hacía un aparte con los católicos cubanos: en Buenos Aires, Santo Domingo o Roma. Su atención se potenciaba cuando oía "Cuba", y su mirada llegaba hasta el fondo. "Este Martí, este Martí...", le oyeron decir en sus apartamentos de Roma mientras, preparando su visita a Cuba, descubría la savia cristiana que emanaba de los escritos del héroe cubano, savia fundante y diluida después en ingredientes ajenos. Gracias también a Juan Pablo II –instrumento de Dios– un cubano llegó nuevamente a formar parte del Colegio de Cardenales... Sí, hay mucho que agradecer a Dios en la vida de Juan Pablo II.

Recuerdo ahora su primer saludo al aparecer en la logia de San Pedro*: ¡Alabado sea Jesucristo!* Y para él, Siervo de los siervos de Dios que invitó desde el primer momento a abrir sin miedo las puertas a Jesucristo, el mismo Jesucristo ha abierto las puertas de la Casa del Padre. Digna vida la de Karol Wojtyla; digno pontificado el de Juan Pablo II, el Grande. Ω

Es un GRAN HOMBRE el que muere

Alocución del cardenal Jaime Ortega Alamino,
arzobispo de La Habana y presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba,
con motivo de la gravedad del Santo Padre Juan Pablo II.
Edición nocturna del Noticiero de la Televisión cubana, Viernes 1° de abril de 2005.

El papa Juan Pablo II, en los momentos en que hablo, está agonizando.

A las 12:15 de esta noche, hora de Roma, ya sábado 2 de abril, el Papa tenía signos vitales débiles, se encontraba con una respiración superficial y todo hacía indicar que durante la madrugada de Roma o al amanecer de mañana, ya se produciría su fallecimiento.

Esta mañana el Papa, después de una noche muy difícil en que se deterioró su estado de salud, estaba plenamente consciente; recibió a sus colaboradores más inmediatos; estuvo al mismo tiempo orando. Quiso que le leyeran las estaciones del *Via crucis;* las seguía haciéndose el signo de la cruz en las catorce estaciones. Después quiso que le rezaran una parte del Oficio Divino y, según las declaraciones de los que estaban allí presentes, era notable su serenidad, su paz en este momento de gran sufrimiento para él.

Es un gran hombre el que muere. Es el hombre que ha llevado el peso moral de este mundo durante veintiséis años. Es el que ha tenido al mismo tiempo la responsabilidad de convertirse en el único referente moral de la humanidad en los últimos años de guerras, de dificultades. El Santo Padre ha sido un Pontífice extraordinario. Para nosotros católicos, el Vicario de Cristo está siguiendo ahora los pasos de Cristo en el sufrimiento y en la Cruz. Estamos en la semana en que

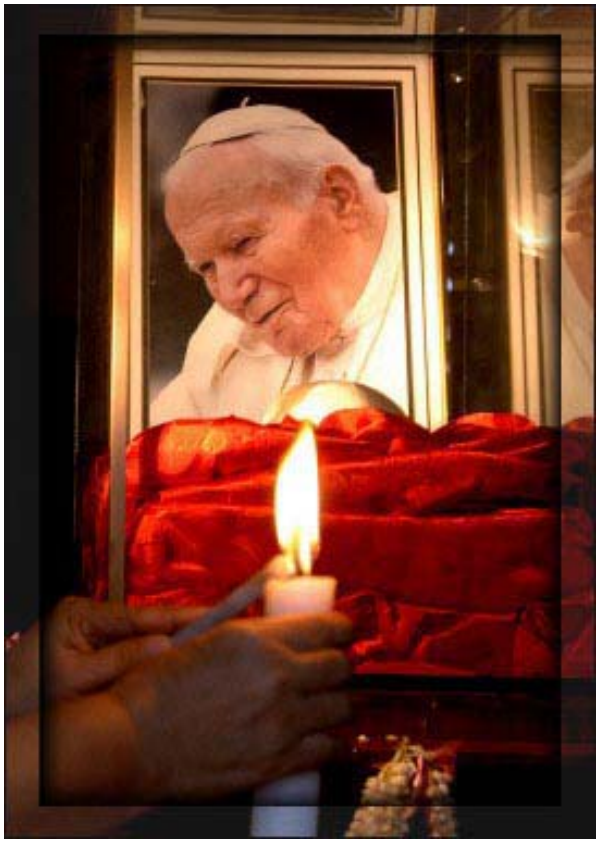


Foto: AFP

Es el hombre que ha llevado el peso moral de este mundo durante veintiséis años. Es el que ha tenido al mismo tiempo la responsabilidad de convertirse en el único referente moral de la humanidad en los últimos años de guerras, de dificultades.

...él comenzó a seguir las huellas de Cristo no sólo en el momento del sufrimiento, del dolor de los últimos tiempos, sino desde que decidió recorrer el mundo entero, visitando países, yendo a buscar a los hombres donde quiera que estuvieran, tratando de llevar el mensaje de amor,

celebramos la resurrección del Señor y también lo seguirá en esa irrupción de luz y de vida que será su muerte, es decir, su paso de este mundo al Padre.

Para nosotros, él comenzó a seguir las huellas de Cristo no sólo en el momento del sufrimiento, del dolor de los últimos tiempos, sino desde que decidió recorrer el mundo entero, visitando países, yendo a buscar a los hombres donde quiera que estuvieran, tratando de llevar el mensaje de amor, de paz, de verdad, de libertad, de salvación a toda la humanidad. Así vino a Cuba, así estuvo entre nosotros. Su visita es inolvidable, nos impactó a todos, incluso a aquellos que estábamos habituados a verlo en Roma, a tratar con él; fue realmente un hombre que estableció un contacto con nuestro pueblo que él nunca olvidaría, y al cual se referirá cada vez que uno de nosotros después lo visitaba en Roma. Él deseó aquella visita, él la disfrutó por el calor humano de este pueblo y por la acogida de todos aquí.

Es verdad que el Papa, para seguir a Cristo, como vino a Cuba como mensajero de verdad, de amor, de esperanza, como ha recorrido el mundo entero, puede decir cosas a veces –y puede haber dicho y dijo– cosas que no todos compartían. En el momento en que lo despedía en el aeropuerto, el Presidente Fidel Castro le dio las gracias por todas sus palabras, eso no lo olvidamos, incluso por aquellas que no compartía, dijo el Presidente. Y esa es la grandeza del Papa: haber dicho siempre con sinceridad su pensamiento, haber llevado lo que él cree que es el bien y la verdad para todo el mundo y haberlo hecho con amor, con respeto, con hidalguía. Así lo vemos, así lo recordará la humanidad, así lo recordará la Iglesia católica ahora que él hace su tránsito de este mundo a Dios nuestro Padre.

Lo acompañamos todos los cristianos. Los católicos de Cuba rezamos en nuestras iglesias y en nuestras casas por el Papa. Los invito, a todos los católicos y a todos los creyentes, a orar acompañando al Papa en este paso de la muerte a la vida, que es el tránsito doloroso, pero al mismo tiempo glorioso, de la vida de un seguidor de Jesucristo que ha sido, sobre todo como él, santo y bueno.Ω

CERTIFICADO DE MUERTE DE JUAN PABLO II

DENUNCIA DE MUERTE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Certifico que Su Santidad Juan Pablo II (Karol Wojtyla), nacido en Wadowice (Cracovia), Polonia, el 18 de mayo de 1920, residente en la Ciudad de Vaticano, Ciudadano Vaticano, y fallecido a las 21:37 horas del día 2 de abril de 2005 en su departamento en el Palacio Apostólico Vaticano (Ciudad del Vaticano) a causa de:

- Shock séptico
- Colapso cardiocirculatorio irreversible

En sujeto afectado por:

- Enfermedad de Parkinson
- Progresivos episodios de insuficiencia respiratoria aguda y consecuente traqueotomía.
- Hipertrofiación prostática benigna complicada por sepsia urinaria.
- Cardiopatía hipertensiva e isquémica

La comprobación de la muerte ha sido efectuada mediante la registración electrocardiotanatográfica por más de 20 minutos.

Declaro que las causas de la muerte, según mi ciencia y conocimientos, son aquellas indicadas.

Ciudad del Vaticano, 2 de abril de 2005.
El Director de la Dirección de Sanidad e Higiene del Estado de la Ciudad del Vaticano

Doctor Renato Buzzonetti

NOTA OFICIAL
DE LA CONFERENCIA DE OBISPOS CATOLICOS DE CUBA

Unida a toda la Iglesia universal, la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba vive con honda intensidad estos momentos de dolor y de recuento agradecido por el tránsito sereno y luminoso del Papa Juan Pablo II de este mundo a la casa del Padre.

Dolor porque la Iglesia y el mundo pierden a un hombre referencial en su firme postura ética y en su capacidad de mirar la hora presente de la humanidad con misericordia y con ternura paternal.

Sí, sentimos el vacío por la ausencia de un Padre, que supo dar amor y certeza a los hombres y mujeres de hoy, de manera especial a los jóvenes.

Es también hora de recuento agradecido por el regalo que el Señor hizo a su Iglesia con el Pontificado de Juan Pablo II. Su ministerio de Pastor supremo de la Iglesia deja una huella luminosa en nuestro tiempo que inicia un nuevo milenio sin lograr desprenderse aún de miserias humanas y materiales que reclaman una renovación del hombre en su pensar, en su sentir, en sus posibilidades de amar y perdonar. La visión realista y profética de este mundo que ha tenido Juan Pablo II no se borra con su tránsito, queda como un faro encendido para la Iglesia y la humanidad que se adentran en el tercer milenio.

Por esto nuestra gratitud sin límites al Señor. Su Pontificado no es un Pontificado que se cierra, sino que abre la Iglesia al futuro llena de esperanza.

CARDENAL JAIME ORTEGA ALAMINO
Arzobispo de La Habana
Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba

La Habana, 2 de abril de 2005

OFICINA DE PRENSA

CONFERENCIA DE OBISPOS CATOLICOS DE CUBA

NOTA DE PRENSA

1- Al conocerse el fallecimiento del Santo Padre Juan Pablo II, ocurrido hoy a las 21:37 horas en Roma (3:37 p.m. en Cuba), todos los templos católicos doblaron campanas cada treinta minutos, hasta el atardecer, y lo harán nuevamente desde el amanecer de mañana, domingo 3 de abril, hasta el atardecer.

En todos los templos, tanto hoy como mañana, se celebrará la Santa Misa orando de modo especial por el Papa difunto. Del mismo modo, en cada templo, según dispongan los sacerdotes, se celebrarán momentos especiales de oración para rezar por el Santo Padre Juan Pablo II.

2- Mañana domingo, a las 2:00 p.m., será abierto un libro de condolencias en la sede de la Nunciatura Apostólica en La Habana.

3- En esta Arquidiócesis, la Misa funeral se celebrará el lunes 4 de abril, a las 7:00 p.m., en la Santa y Metropolitana Iglesia Catedral de La Habana, presidida por el Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana y Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. Será concelebrada además por el Nuncio Apostólico en Cuba, Monseñor Luigi Bonazzi, y todo el clero de la Arquidiócesis. A ella han sido invitados todos los fieles, así como las autoridades civiles y el Cuerpo diplomático.

4- El mismo lunes 4 de abril, en horas de la noche, el Cardenal Jaime Ortega viajará a Roma para asistir a los funerales del Santo Padre, y participar después en el Cónclave de los Cardenales donde será elegido el sucesor de Juan Pablo II, quien ocupará el lugar 265 en la lista de los Sumos Pontífices que han conducido la Iglesia desde el siglo I hasta nuestros días.

ORLANDO MÁRQUEZ HIDALGO

La Habana, 2 de abril de 2005

Apenas doblaron las campanas se escucharon las notas del primer canto litúrgico (*Mensajero de paz* del padre Jorge Catasús). Entonces vino a la memoria la entrada del Papa a la Misa presidida por él en la Plaza de la Revolución José Martí el domingo 25 de enero de 1998.

Misa de Funeral
por el papa Juan Pablo II

por Emilio BARRETO
fotos: Orlando MÁRQUEZ

LA MISA ES FIESTA, ALABANZA, pero no requiere de orlas y mucho menos de fastuosidad; es Acción de Gracias a Dios por la resurrección de Jesucristo, Su Hijo: el Dios encarnado cuyas enseñanzas llenaron de sentido la vida y la obra de Juan Pablo II, el Papa que se nos ha ido en viaje de regreso a la casa del Padre.

Desde el sábado 2 de abril pudiera decirse que todas las misas tienen una intención por el eterno descanso del Santo Padre. Paradójicamente, desde esa fecha, la Fiesta mayor de la liturgia católica nos lleva a experimentar, tanto a celebrantes como a fieles, la aparición de un nudo en la garganta cuando en la Plegaria de Consagración ya no se menciona al papa Juan Pablo II. Han sido veintiséis años de familiaridad, de cercanía en la fe, en las alegrías y en las penas. Cuba sabe bien de eso. Ha muerto el Pastor universal que los cubanos recibimos en casa.

Plegaria de Consagración. Al centro el cardenal Ortega. En la foto, a la izquierda, monseñor Luigi Bonazzi. A la derecha, monseñor Alfredo Petit. Al fondo, monseñor Rodolfo Loiz.

El lunes 4 de abril, a las 7:00 p.m., la Catedral de La Habana abrió sus puertas para acoger a más de un millar de personas. La Santa Metropolitana Iglesia no necesitó orlas para lucir galas. En el templo se incluyó, únicamente, un sencillo cartel a todo color con la imagen del Papa en sus primeros años de Sumo Pontífice. La obra de diseño gráfico, montada en un bastidor de madera, fue colocada en un atril revestido con tela roja. En el mismo atril, pero en un peldaño inferior, se dispuso un búcaro con

muchas flores blancas y amarillas. La imagen muestra al Papa siempre acogedor, con ambos brazos extendidos y abiertos, en actitud de agrado, de acogimiento. En el instante de la foto, el Sucesor de Pedro se hallaría ante un pueblo, una multitud que estaría aclamándolo. En la Catedral de La Habana la imagen se hallaba a un costado del ambón situado a la izquierda del presbiterio, delante de la escalera que conduce hacia el altar.

La Santa Eucaristía estuvo presidida por nuestro pastor arquidiocesano, el cardenal Jaime Ortega Alamino. Concelebraron monseñor Luigi Bonazzi, nuncio apostólico de Su Santidad en Cuba, monseñor Alfredo Petit, obispo auxiliar de La Habana. Entre las varias decenas de concelebrantes se encontraban el secretario de la Nunciatura Apostólica y los vicarios episcopales de la arquidiócesis de La Habana. Asistieron también religiosos, religiosas, y sacerdotes de la Iglesia Ortodoxa Griega y miembros de diversas denominaciones cristianas en Cuba.

El doctor Fidel Castro Ruz, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba, se hallaba en la celebración. También estuvieron presentes personalidades del Estado y del Gobierno, así como representantes del Cuerpo Diplomático acreditado en la Capital.

La procesión inicial hizo el recorrido por el patio en dirección a la Plaza de la Catedral, para entrar por el portón central del Templo. Apenas doblaron las campanas y la Procesión con todo el clero de la Arquidiócesis inició el recorrido, se escucharon las notas del primer canto litúrgico (*Mensajero de paz* del padre Jorge Catasús) interpretado por la Schola Cantorum Coralina, agrupación dirigida por la profesora Alina Orraca. Entonces vino a la memoria la entrada del Papa a la Misa presidida por él en la Plaza de la Revolución José Martí el domingo 25 de enero de 1998. (Igual sucedió con el canto de salida: el *Aleluya* de Haendel.) Canto de ángeles, pudiera decirse; sentido homenaje al Papa, un sacerdote de gusto fino, celoso de la liturgia bien cuidada. Se canta para Jesucristo: "Gran Señor, Eterno Rey", como hace vibrar el *Aleluya* de Haendel, una de las piezas preferidas de Juan Pablo II.

Afuera, la Plaza de la Catedral ya daba cabida a varios millares de habaneros que siguieron la Eucaristía por cuatro grandes pantallas: dos ubicadas en el frente del restaurante El Patio y las otras en las puertas laterales de la Santa Metropolitana Iglesia. Al mismo tiempo, el audio llegaba a través de altavoces.

La Liturgia de la Palabra contempló una lectura del libro del Apocalipsis (14, 13), seguida del Salmo 22 ("el señor es mi Pastor, nada me falta"). Después se dio lectura a la Carta del apóstol san Pablo a los romanos (14, 7-9. 10-12). De inmediato, en el santo Evangelio según san Mateo se proclamaron las bienabenturanzas con el pasaje "El Sermón de la Montaña" (5, 1-12). El predicamento concluyó con la homilía del cardenal Ortega. El Arzobispo de La Habana, y también Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, se aproximó al pontificado de Juan Pablo II desde cinco prismas representativos del pensamiento y la acción del Papa. Estos son: -) el trabajo sin descanso por la paz en el mundo, -) la unidad de los cristianos, -) el acercamiento a los hebreos, pueblo de la primera Alianza, -) la promoción del diálogo interreligioso, -) y la comprensión entre la ciencia y la fe. La homilía completa aparece reproducida al final de esta reseña.

Acto seguido se dijeron las preces. Las ofrendas del Pan y el Vino fueron llevadas por dos religiosas: una de las hermanas perteneciente a la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida y la otra de la Orden de las Siervas de María. Después de la Plegaria Eucarística y la Comunión, a pedido del cardenal Ortega, el Nuncio Apostólico se dirigió a la feligresía para recordar "algo del especial amor y de la amistad que unieron al papa Juan Pablo II a Cuba y a Cuba a Juan Pablo II". Las palabras de monseñor Bonazzi también son publicadas en esta edición.

Así, en la Catedral de La Habana, la misma que recibiera a Karol Wojtyla el domingo 25 de enero a las 4:00 p.m., la Iglesia en esta arquidiócesis dio gracias a Dios por la vida del papa Juan Pablo II, entregada a la causa de Dios y por los hombres, aún en el sufrimiento y la enfermedad, y por su testimonio de fe. Ω

El presidente Fidel Castro, al centro. En la foto, a la izquierda, los miembros de la autoridad civil Caridad Diego, Ricardo Alarcón, Carlos Lage y Esteban Lazo.

Homilía pronunciada
por el cardenal Jaime Ortega Alamino,
arzobispo de La Habana, en la Misa funeral
por Su Santidad el papa Juan Pablo II.
S.M.I. Catedral de La Habana, 4 de abril de 2005.

Foto: Orlando Márquez

Su Pontificado abre la Iglesia a un futuro lleno de esperanza

...el Papa como Vicario de Cristo fue testigo fiel de Él y de su amor por los hombres, a quienes supo contemplar con misericordia y ternura paternal. Su visión realista y profética de este mundo no se borra con su tránsito, permanece como un faro luminoso para la Iglesia y la humanidad que se adentra en el tercer milenio de la era cristiana.

Queridos hermanos y hermanas:

Un dolor sereno y hondo, con destellos de gozo, embarga a la Iglesia en estos momentos en que el mundo cristiano, y muchos hombres y mujeres, creyentes o no, de todo el orbe, lloran la partida del papa Juan Pablo II, su retorno a la Casa Paterna.

Era la suya una muerte esperada. La oración, personal o de grupos, se hacía multitudinaria en la plaza de San Pedro, se llenaban las iglesias y catedrales del mundo, y llegaba hasta lo alto desde la habitación del enfermo, desde los hogares pobres, en muchas lenguas diversas, en voces de niños, de ancianos, de hombres y mujeres adultos, pero sobre todo de jóvenes.

Todos acompañaban al Papa en sus sufrimientos, a él que durante 26 años había acompañado el peregrinar de esta humanidad, que pasaba del segundo al tercer milenio de la era cristiana, con una conciencia poco esclarecida de caminar en el tiempo, de hacer historia, y que sólo la voz del Papa, en la práctica, trató de despertar del letargo de un andar sin metas, de un pasar sin sentido, de un no saber qué son las cosas ni quién es el mismo hombre.

Fue así como Juan Pablo II trabajó sin descanso por la Paz en el mundo, por la unidad de los cristianos, por el acercamiento a los hebreos, pueblo de la primera Alianza, en la promoción del diálogo interreligioso, y por la comprensión entre la Ciencia y la Fe.

Cuando leemos en los titulares de periódicos de orientación claramente laica palabras como éstas: “Ha muerto el Papa que ha cambiado el mundo”, o en otros de filiación ciertamente no católica: “Ha muerto el Papa que renovó la iglesia”, no podemos dejar de recordar aquellos juicios, apresurados algunos, sentenciosos y ampulosos otros, que encasillaban al Papa polaco en aquellos manidos cubículos: “hombre reaccionario”, “clérigo conservador”, “abierto en lo social, cerrado en la moral sexual”, “sacerdote tradicionalista”, severo, austero, etcétera. Y este hombre que parece de otro tiempo, aparentemente exigente, cautiva a los jóvenes, es capaz de hacerse entender por ellos sin disfrazarles la verdad, sin aprobar comportamientos superficiales, permisivos, perniciosos, que vician la vida juvenil y no preparan para su quehacer al hombre y a la mujer que llevarán sobre sus hombros la responsabilidad del mundo del mañana. El Santo Padre parecía bajarse de un pedestal para hablar con los jóvenes, para tomar sus manos y alzarlas en alto en signo de amistad y solidaridad, para reír con ellos, al mismo tiempo que les decía que si querían ser cristianos debían nadar

contracorriente, o sea, sin dejarse arrastrar por las aguas turbias de la mediocridad de un mundo consumista, hedonista, lleno de falsos dioses, de falsos ídolos. Así habló el Papa a las familias, a los pobres y enfermos, a los responsables políticos de los destinos del mundo. Entonces el Papa hablaba con fuerza, desplegaba una energía que hacía estallar en aplausos a aquellos mismos que él ponía en guardia con toda claridad contra los riesgos y ambigüedades de la hora presente.

Juan Pablo II era un apasionado de la verdad, de la verdad que debe buscarse siempre y que casi siempre hace del hombre que la encuentra una paradoja viviente, como lo fue él, capaz de suscitar un juicio contradictorio o equivocado en tantos que intentaban juzgarlo y clasificarlo, pero que sorprendía a todos con lo que es justo, preciso y verdadero, porque había algo en él que es de la esencia del cristianismo y que es al mismo tiempo inclasificable, desestibilizante, como las bienaventuranzas proclamadas en el Evangelio de hoy: ¿No es acaso una paradoja el Sermón de la Montaña, que declara dichosos a los pobres, a los humildes, a los que saben pasarse de muchas cosas y aun de sí mismos, de sus gustos o preferencias personales? Son aquellos hombres vaciados de sí, a quienes puede llenar la grandeza divina, la gracia de Dios. Y dice Jesús en sus bienaventuranzas que de ellos es el Reino de los cielos y serán dichosos también los que lloran, los que sufren, los que luchan por la justicia, los que trabajan por la paz. Sí, Juan Pablo II tenía esta dicha contrastante, paradójica, que es la que Jesucristo proclamó como ley nueva en el Sermón de la Montaña. Esa ley no contiene un conjunto de preceptos y aún menos de prohibiciones, sino un elenco de actitudes liberadoras del hombre, desterrando de los corazones humanos que se deciden a cumplirla la riqueza que embota los sentidos, la violencia, la búsqueda de la comodidad y del placer, los falsos criterios de felicidad que llevan al vacío del corazón y a la angustia de vivir. Por eso el Evangelio proclama la dicha del pobre, del sencillo, del humilde, de quien sabe sacrificarse por los demás, del que entrega su vida, del que trabaja por la paz. Este fue el programa de vida de Juan Pablo II, y a la hora de la Cruz y del dolor, a la hora del sufrimiento y de la entrega de la vida sabíamos que él sería consolado, según la promesa del Señor, que él dejaría este mundo con una dicha profunda en lo hondo de su corazón.

Ya en los momentos en que se agravaba su estado de salud, con la ayuda de su secretario, el Papa escribió: "soy feliz, séanlo también ustedes". Ese testamento abreviado que nos deja en su lecho de

El venía de un país donde vivió casi sesenta años, antes de asumir el Pontificado supremo de la Iglesia, en el que no tuvo posibilidad de acceso a los medios de comunicación sino en raras ocasiones. ¿Dónde aprendió el Papa a comunicar? El papa Juan Pablo II fue un gran comunicador porque tenía *algo* que comunicar, porque su vivencia del cristianismo y su adhesión a la persona amada de Jesucristo lo hacía trasparentar esa otra realidad que eleva al hombre por encima de las contingencias inmediatas de este mundo...

La Habana, domingo 25 de enero de 1998. El Papa saluda al pueblo a la salida de la Santa Metropolitana Iglesia Catedral.

Foto: Arturo Mari

La Habana, domingo 25 de enero de 1998: Misa en la Plaza de la Revolución José Martí.

Foto: Arturo Mari

muerte es un resumen de las bienaventuranzas que proclamó Jesucristo: dichosos ustedes por todo cuanto deban sufrir... porque su recompensa será grande en el cielo.

Nosotros acogemos este mensaje breve y cargado de esperanza en estos momentos de dolor, porque la Iglesia y el mundo pierden a un hombre referencial en su firme postura ética y en su capacidad de mirar la hora presente de la humanidad con misericordia y con ternura paternal, pero los hijos de la Iglesia, en su recuento agradecido por el regalo que el Señor nos hizo en el Pontificado de Juan Pablo II, experimentamos la felicidad profunda de compartir su dicha en el servicio del Señor, según el modelo de las bienaventuranzas. Juan Pablo II comunicó al mundo seguridad y confianza en el destino del hombre y estremeció las conciencias con su llamada a ser éticamente responsables del futuro de la humanidad, y esto lo hizo con un poder excepcional de comunicación. Muchos estudian las dotes de gran comunicador del papa Juan Pablo II a través de tantos testimonios fílmicos, fotográficos, o sonoros. ¿De dónde le venía al Papa esa privilegiada facilidad para comunicar con el pueblo, con la prensa, con los jóvenes, en el uso de los medios de comunicación más modernos y exigentes? El venía de un país donde vivió casi sesenta años, antes de asumir el Pontificado supremo de la Iglesia, en el que no tuvo posibilidad de acceso a los medios de comunicación sino en raras ocasiones. ¿Dónde aprendió el Papa a comunicar? El papa Juan Pablo II fue un gran comunicador porque tenía *algo* que comunicar, porque su vivencia del cristianismo y su adhesión a la persona amada de Jesucristo lo hacía trasparentar esa otra realidad que eleva al hombre por encima de las contingencias inmediatas de este mundo y lo remite siempre a la verdad, al amor, a la santidad, haciendo que las potencialidades del ser humano despierten lo mejor de sí mismas. Sí, el Papa como Vicario de Cristo fue testigo fiel de Él y de su amor por los hombres, a quienes supo contemplar con misericordia y ternura paternal. Su visión realista y profética de este mundo no se borra con su tránsito, permanece como un faro luminoso para la Iglesia y la humanidad que se adentra en el tercer milenio de la era cristiana.

Por esto nuestra gratitud sin límite al Señor. Su Pontificado no es un pontificado que se cierra, sino que abre la Iglesia a un futuro lleno de esperanza. Como mensajero de verdad y de esperanza lo recordamos en su visita a Cuba. En aquellos días de su estancia entre nosotros algunos hombres y mujeres de nuestro pueblo nos decían frases similares a ésta: han sido cuatro días en que se ha ensanchado nuestro corazón.

Al celebrar la Santa Eucaristía pedimos al Señor que le conceda a su servidor el papa Juan Pablo II la felicidad sin límites que Él prometió en el Sermón de la Montaña a los que sufren, a los que trabajan por la justicia y por la paz, para que desde su eternidad feliz nuestro papa Juan Pablo II siga acompañando a este pueblo cubano y a esta Iglesia nuestra que él tanto amó, y fructifique así entre nosotros el testimonio de su vida y de su entrega amorosa al servicio de Jesucristo y de los hombres. Así sea. Ω

Foto: Orlando Márquez

SU EMINENCIA EL CARDENAL JAIME ORTEGA Y ALAMINO, Arzobispo de La Habana y presidente de la Conferencia Episcopal, me ha pedido que –como Representante del Papa– recuerde con una breve intervención al menos "algo" del especial amor y de la amistad que unieron al Papa Juan Pablo II a Cuba y a Cuba a Juan Pablo II. Lo hago con gusto, aunque soy consciente de que se trata de una tarea prácticamente imposible.

Ha sido dicho, y con razón, que el mundo es de quien más lo ama y mejor sabe demostrarlo. Al final es el amor lo que queda; no permanece otra cosa. Juan Pablo II permanece porque hizo de su vida un continuo acto de amor a la Iglesia y al mundo.

El amor de Juan Pablo II se hizo particularmente visible en los días de su inolvidable visita, del 21 al 25 de enero de 1998. Había sido largamente deseada y fue preparada con toda la atención posible, tanto de las autoridades civiles cuanto de las religiosas. Juan Pablo II, que ya llevaba en su cuerpo los signos tangibles del sufrimiento, se quedó profundamente impresionado, asombrado, por la admirable manifestación de afecto que recibió del pueblo.

Fueron cuatro días de fiesta, de celebración genuina, nacida de la comunión intensa entre todos los cubanos, a quienes congregó la presencia del Santo Padre, su cariño visible, su sabiduría, su verdad. Fue un encuentro de personas, de corazones, de gestos de estima, antes que de palabras. Cuando les llegó el turno a las palabras fueron acogidas también como expresión del amor del Papa. Entre todas ellas me gustaría recordar las siguientes cuatro:

Juan Pablo II permanece porque hizo de su vida un continuo acto de amor a la Iglesia y al mundo

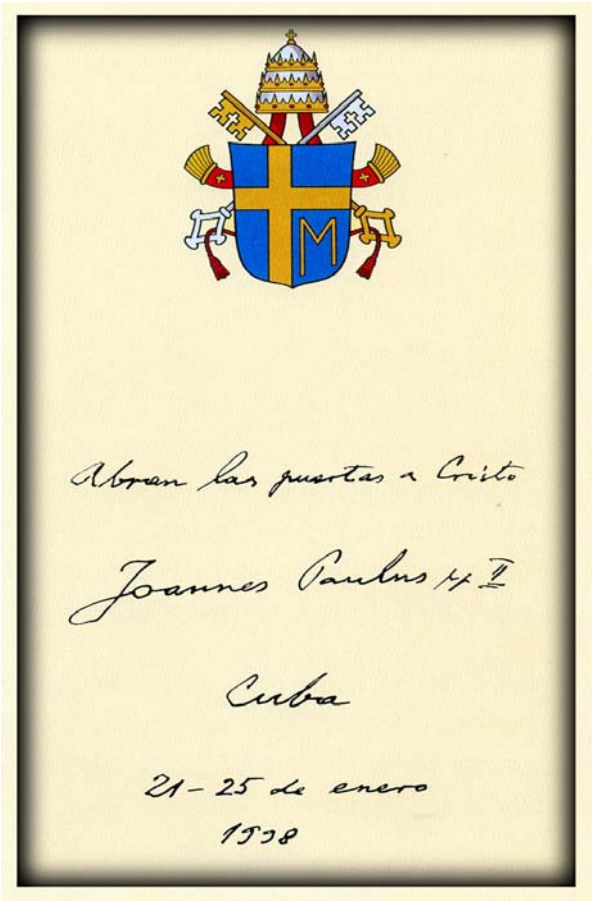
Palabras de monseñor Luigi Bonazzi, nuncio apostólico de Su Santidad en Cuba, en la Misa de Funeral por el papa Juan Pablo II, celebrada en la S.M.I. Catedral de La Habana

La primera, dirigida a la nación cubana en la que personaliza y aplica a Cuba cuanto había dicho al inicio de su Pontificado: "No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo, dejen que Él entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado… ¡Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba!" (Palabras a su llegada al aeropuerto, 21 de enero de 1998).

La segunda, dicha a las familias, a favor de las cuales, siendo todavía un joven obispo, había escrito el libro *Amor y responsabilidad*: "¡Cuba, cuida a tus familias para que conserves sano tu corazón! La familia, la escuela y la Iglesia deben formar una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad. No tengan miedo, abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo que nunca son un peligro para ningún proyecto social" (Homilía dedicada a la familia en Santa Clara, 22 de enero de 1998).

La tercera, dirigida a los jóvenes, destinatarios, desde su lecho de muerte, de su último saludo y agradecimiento: "Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y social… Les quiero hablar también de compromiso. El compromiso es la respuesta valiente de quienes no quieren malgastar su vida… La felicidad se alcanza desde el sacrificio. No busquen fuera lo que pueden encontrar dentro. No esperen de los otros lo que ustedes son capaces y están llamados a ser y hacer. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los sueños más nobles no se frustren" (Homilía a los jóvenes en Camagüey, 23 de enero de 1998).

La cuarta, para recordar el valor de aquello a lo que muchas veces no se da valor, es decir, el sufrimiento: "Cuando sufre una persona en su alma, o cuando sufre el alma de una nación, ese dolor debe convocar a la solidaridad, a la justicia, a la construcción de la civilización de la verdad y del amor. La indiferencia ante el sufrimiento humano, la



pasividad ante las causas que provocan las penas de este mundo, los remedios coyunturales que no conducen a sanar en profundidad las heridas de las personas y de los pueblos, son faltas graves de omisión, ante las cuales todo hombre de buena voluntad debe convertirse y escuchar el grito de los que sufren" (Mensaje pronunciado en el Encuentro con el Mundo del Dolor en el Rincón, La Habana, 24 de enero de 1998).

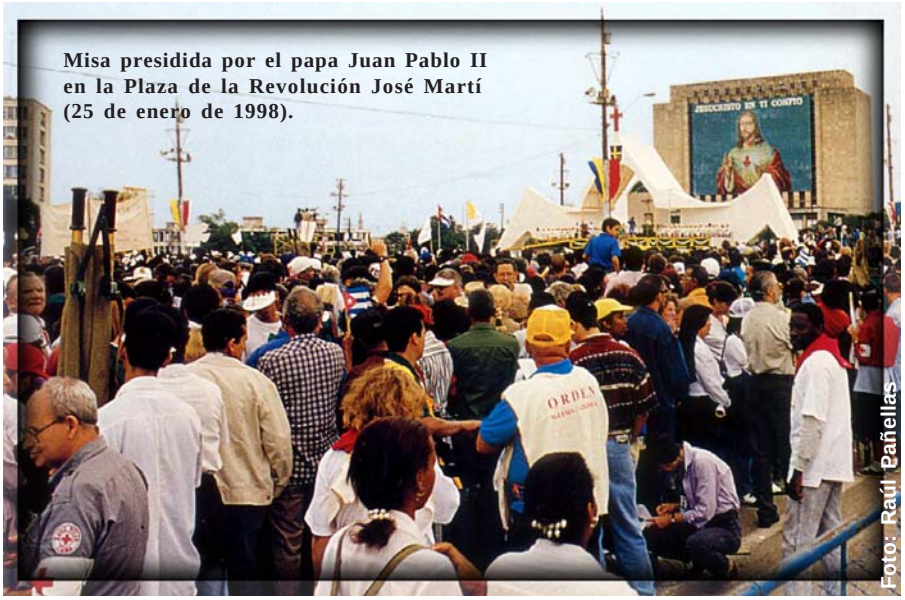
Durante todo el tiempo de la visita, los cubanos fueron insuperables en sus demostraciones de amor y afecto. Es verdaderamente imposible decir en pocos minutos algo adecuado. Sin embargo, me parece que todo ha sido bien expresado con las palabras de despedida que el Presidente de la República, Fidel Castro Ruz, dirigió al Papa el 25 de enero de 1998: "Por el honor de su visita, por todas sus expresiones de afecto a los cubanos, por todas sus palabras, aún aquellas con las cuales pueda estar en desacuerdo, en nombre de todo el pueblo de Cuba, Santidad, le doy las gracias".

El diálogo ininterrumpido de Juan Pablo II con Cuba vivió su "último acto" –por así decir– el 8 de enero pasado, con ocasión de la ceremonia de presentación de las Cartas Credenciales del nuevo Embajador de Cuba ante la Santa Sede. Son las últimas palabras del Papa a Cuba, de ahí su importancia. Después de haber escuchado atentamente el discurso del Embajador y haber renovado el vivo auspicio de que "se puedan superar cuanto antes los obstáculos que impiden la libre comunicación e intercambio entre la Nación cubana y parte de la comunidad internacional", el papa Juan Pablo II, como retomando idealmente las palabras del presidente Fidel Castro apenas recordadas, dijo:

"En realidad, en toda sociedad pluralista la Iglesia presenta sus orientaciones y propuestas que pueden llevar a puntos de vista diferentes entre quienes comparten la fe y quienes no la profesan. Las divergencias en este sentido no deben producir ninguna forma de conflictividad social sino más bien favorecer un diálogo constructivo y amplio.

"A este respecto hay temas en los cuales la Iglesia en Cuba desea iluminar la realidad social, como por ejemplo, la amplia problemática suscitada por la promoción de la dignidad humana; la consideración de la realidad familiar y la educación de las nuevas generaciones en una cultura de la paz, de la vida y de la esperanza; la compleja relación entre la economía y los valores del espíritu; la atención global de la persona humana, aspectos estos en los cuales es conveniente un diálogo con todos los grupos que integran el pueblo cubano… Renuevo mi saludo a las autoridades cubanas e invoco… sobre toda la nación cubana, que recuerdo siempre con afecto, la ayuda de Dios y la abundancia de sus bendiciones."

Recuerdo y bendición que son aún más verdaderos y vivos ahora que Juan Pablo II nos mira desde el Cielo y desde allí, en la luz de Dios, nos acompaña en nuestra aventura humano-divina que es la vida. Gracias. Ω



Misa presidida por el papa Juan Pablo II en la Plaza de la Revolución José Martí (25 de enero de 1998).

Foto: Raúl Pañellas

Libro de Condolencias
en la Nunciatura Apostólica en La Habana

El domingo 3 de abril, a las 2:30 p.m., la sede de la Nunciatura Apostólica en La Habana abría sus puertas, y miles de cubanos dejaron sus mensajes de condolencia por la muerte del Papa Juan Pablo II en cinco libros habilitados para ello.

Desde las más altas autoridades del país, hasta los hombres y mujeres más humildes, todos querían manifestar públicamente los sentimientos de pesar por el Papa polaco que nos visitó y besó nuestra tierra en 1998.

En la página siguiente ofrecemos el testimonio de tres embajadores europeos que quisieron compartir con los lectores sus sentimientos.

Foto: Reuters

Foto: O.M. / Palabra Nueva

Foto: O.M. / Palabra Nueva

Foto: O.M. / Palabra Nueva

1. Una anciana muestra una foto del Santo Padre Juan Pablo II entregada en la Nunciatura a los firmantes.

2, 3 y 4. El Nuncio Apostólico en Cuba, monseñor Luigi Bonazzi, acompaña a varios firmantes del Libro de Condolencia, entre ellos la actriz Rosa Fornés, unas niñas no identificadas, y el Canciller Felipe Pérez Roque.

Foto: O.M. / Palabra Nueva

Entre el domingo 3 y el miércoles 6, numerosas personas acudieron a firmar el libro de condolencias en la Nunciatura Apostólica.

"Yo pienso que fue una figura extraordinaria como acabo de decirle al Nuncio. Para nosotros los rusos Juan Pablo es más que el líder de la Iglesia Católica. Es un hombre universal, un hombre de diálogo, solidario, que traía un mensaje de paz y armonía para todos, para católicos, ortodoxos, cristianos. Es por esto que nosotros los rusos sentimos tanto su deceso. Nosotros tal vez con una particularidad porque nuca olvidaremos que fue en su Pontificado que se establecieron las relaciones entre Rusia y el Estado Vaticano, que fue bajo su Pontificado que comenzamos una interacción importante con la Iglesia Católica para buscar de forma común respuestas a los retos y amenazas globales de la actualidad. Siempre lo recordaremos como un gran hombre de sabiduría, solidario y abierto para el diálogo.

No diría que ejerció una influencia en los cambios acontecidos en mi país ya que eso fue el resultado del desarrollo interno de Rusia, pero en él, en estos tiempos nada fáciles para mi país, hemos encontrado una persona de entendimiento, sabio y abierto al diálogo y esto era muy confortante."

Excelentísimo Señor
Andrey V. Dimitriev,
Embajador de Rusia

"Es una figura gigantesca para toda la humanidad, no solo para los cristianos católicos sino para todos los cristianos ortodoxos y de otras confesiones cristianas. En Ucrania él es un hombre que ha hecho un aporte grandísimo para la integración de la cultura ucraniana y la cultura cristiana en general. Es muy apreciado por el pueblo, ha hecho un visita exitosa a nuestro país, hablaba el ucraniano, su mamá tiene antecedentes ucranianos porque nació en una provincia que antes pertenecía a Polonia, él conocía canciones ucranianas. Además era una figura muy importante en la vida de toda la humanidad, un gran representante de Dios, un gran Papa de la Iglesia, era un hombre que daba todo su corazón, toda la bondad, todo lo que tenía a los pueblos para el fortalecimiento de la paz, la lucha contra las enfermedades, contra la pobreza, ese hombre merece que siempre se le respete. Inclinamos hoy nuestras cabezas en este momento tan triste por la muerte de esta figura tan importante para la historia de la humanidad. Reciban todos sus lectores mis condolencias más profundas…"

Excenlentísimo Señor
Víctor Vaschuk,
*Embajador de Ucrania**

** Falleció en La Habana días después.*

"Estoy muy conmovido por el deceso del Papa, quien realmente fue un gran Pontífice, hombre excepcional, hombre de diálogo, defensor de los más pobres y hombre de paz y de libertad. En cada lugar donde transmitió el amor de Dios dejó huellas de esperanza muy fuertes y eso lo recordaremos siempre tanto los creyentes como los no creyentes, porque se trata de la promoción del ser humano como tal en todo el mundo y en todos los campos: en el espiritual pero también en el social, en el campo de las libertades individuales. Por eso recibimos la noticia con gran tristeza".

Excelentísimo Señor Pierre-Enmanuel De Bauw,
Embajador de Bélgica.

EN 1958 ME TOCÓ HACER EL DOCTORADO EN LA UNIVERSIDAD DE Santo Tomás, tradicionalmente llamada *Angelicum*, en Roma. Viendo la mentalidad teológica reinante allí entonces, me imagino cómo pudo ser diez años antes cuando Karol Wojtila cursó sus estudios en esa Universidad. Los teólogos más eminentes de la misma en aquel tiempo, con otros colegas suyos de la Universidad Gregoriana, criticaron duramente a la "Nouvelle théologie", descalificada en la encíclica *Humani generis*, 1950.

En la herencia del Concilio

Celebrando la vida de Juan Pablo II

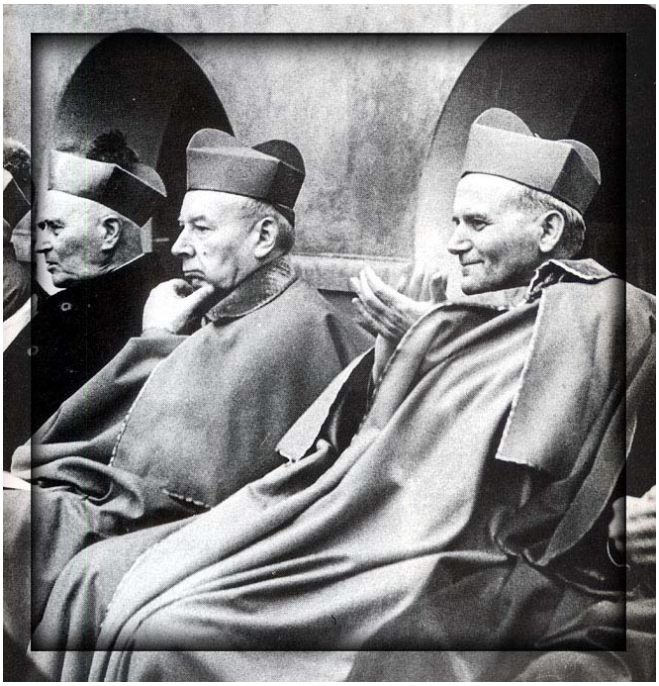
por fray Jesús ESPEJA, OP

...la experiencia de estos años nos deja entrever nuevas perspectivas de apertura hacia esa verdad divina que la Iglesia debe anunciar en toda ocasión...

Esta circunstancia es importante por dos capítulos. En primer lugar para entender el impacto que debió causar aquella teología clásica dentro de la tradición escolástica occidental, en el joven sacerdote polaco que había manifestado ya su sensibilidad humanista, había sufrido el atropello nazi contra su pueblo, y había sido activo en un renacimiento católico acosado por el socialismo marxista. Para mayor desconcierto, los teólogos condenados en la *Humani generis*, doce años más tarde fueron los mentores del Vaticano II, y los reclamos fundamentales de la *Nouvelle Théologie* quedaron integrados en los documentos conciliares. Karol Wojtila, que ya en su formación tuvo que compaginar la sensibilidad humanista y la doctrina tradicional de la escolástica, elegido Papa en 1978, recibió la herencia del concilio donde lo nuevo y lo tradicional se articularon con inevitables conflictos. Además, cuando subió al pontificado, habían pasado ya más de veinte años de postconcilio y se iniciaba un "segundo periodo" en que las tensiones se hicieron más visibles. El ministerio de este Papa fue difícil y delicado. Pudo llevarlo a cabo por su vigorosa personalidad, por su tenacidad indomable y por su profunda fe centrada en Jesucristo.

El Vaticano II fue como un nuevo Pentecostés para la renovación de la Iglesia en su interior y en su relación con el mundo. Dos aspectos inseparablemente unidos en ese misterio –"realidad profunda penetrada por la presencia divina"– que llamamos Iglesia. En la renovación interna de la misma fueron varias las cuestiones abiertas en el concilio; por ejemplo, las fuentes de revelación, la jerarquía de

El Cardenal Wojtyla (derecha) se había destacado de modo particular en las sesiones del Concilio Vaticano II.



verdades, el paso de una eclesiología piramidal de poderes a una eclesiología de comunión, la vocación ecuménica; todas ellas han estado muy presentes en este pontificado. Pero ahora voy a fijarme sólo en la relación de la Iglesia con este mundo moderno, muy ambiguo en su progreso, desfigurado por la injusticia y funcionando cada vez más como si Dios no existiera. Las tres vertientes, con distinto calado, pesaron ya en el Concilio; se han agudizado en el postconcilio, y fueron preocupación de Juan Pablo II que las deja planteadas como interrogante saludable para la Iglesia.

ESTAR EN EL MUNDO SIN SER DEL MUNDO

Sobre todo en sus documentos más punteros, el Vaticano II se abrió a los signos positivos de la modernidad. Declaró que los gozos y las esperanzas, las alegrías y tristezas de los hombres son también de la Iglesia; para los discípulos de Cristo nada humano es ajeno. Reconoció que el mundo tiene verdades y valores sin necesidad de que sean bautizados; celebró los progresos de la ciencia y de la técnica; dado que el mismo Creador es el Salvador de la humanidad, no puede haber contradicción entre los avances de la razón y la revelación; la conciencia es el sagrario donde cada uno lleva inscrita la ley divina, y escucha la voz de Dios ¿quién ha dejado a los hombres la decisión en sus propias manos? Sin canonizar al mundo, el Concilio supuso un cambio respecto a una visión fundamentalmente negativa del mismo que durante siglos tuvo gran eco en la tradición cristiana occidental.[1]

Terminado el Concilio Pablo VI insistió en esta mirada positiva sobre el mundo: "la Iglesia reconoce todo lo bueno que se encuentra en el dinamismo social de hoy; reconoce que el mundo posee bienes, realiza tareas, expresa pensamientos y artes, en su propio reino, aún no bautizado, profano y secular". Y dándose cuenta de la novedad, comentaba: "deberemos explicar con mucha cautela y precisión cómo la visión positiva de los valores terrestres ofrecida hoy por la Iglesia a sus hijos se diferencia, sin anularla en lo que tiene de verdad, de aquella negativa que nos predica tanta parte de su sabiduría y de su ascética sobre el desprecio del mundo, pero concluiremos haciendo nuestra y recomendando la visión optimista que nos ofrece el Concilio sobre el mundo contemporáneo".[2] Juan Pablo II se abrió a esta visión positiva del concilio sobre el mundo. En su primera encíclica *Redemptor hominis* (1979), expresó su preocupación: "el hombre en la plena verdad de su existencia es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia".[3] En ese mismo interés por reconciliar la modernidad –autonomía de la razón y de la conciencia– con la fe cristiana, deben ser leídas las encíclicas *Fides et ratio* y *Veritatis splendor.*

Era necesario destacar esta visión positiva del mundo tantas veces olvidada o postergada en la teología y en la espiritualidad de los últimos siglos. Pero en el Nuevo Testamento la categoría **mundo** tiene también una vertiente negativa, pues se refiere a las idolatrías o falsos absolutos que matan a los hombres y desfiguran el rostro humano de la sociedades. Mientras se reconoce la dimensión positiva del mundo como entera familia humana bendecida por el Creador y redimida por Jesucristo, no se debe pasar por alto que todavía lleva encima la garra del pecado y la marca del mal. Urge nueva y adecuada interpretación de la tradicional *fuga mundi*, huida del mundo: no es separación de la familia humana sino más bien de las idolatrías que la deshumanizan. Y esta interpretación exige una conversión evangélica nada fácil.

Eso explica en cierto modo por qué el Cardenal Joseph Ratzinger en 1985, veinte años después de clausurar el concilio, llama la atención: "después de tanto divagar, se descubre que el objetivo urgente es encontrar un nuevo punto de contacto con la espiritualidad antigua, aquella de "la huida del siglo".[4] Esta preocupación por denunciar la dimensión negativa del mundo y la necesidad de asegurar la identidad cristiana viene teniendo gran relevancia en las orientaciones magisteriales del llamado por el mismo Cardenal "segundo periodo del postconcilio.. La tensión –"estar en el mundo sin ser del mundo"– que ya vemos en el cuarto Evangelio, sigue siendo de actualidad máxima, y Juan Pablo II invitó en 1994: "un interrogante fundamental debe plantearse sobre el estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo; las directrices conciliares –presentes en la *Gaudium et spes* y otros documentos– de un diálogo abierto, respetuoso y cordial, acompañado sin embargo por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad, siguen siendo válidos y nos llaman a un compromiso ulterior".[5]

RESPONSABILIDAD DE LOS CRISTIANOS EN GRAVES SITUACIONES DE INJUSTICIA

El Vaticano II fue diseñado y procedió para responder fundamentalmente a la situación de los países europeos, tradicionalmente cristianos que, alcanzados por los aires modernos, entraban en un acelerado proceso de secularización y se diluía su fe religiosa. Fue la preocupación pastoral que llevaban los obispos y teólogos del primer mundo que fueron los protagonistas en la preparación del Concilio y en la elaboración de los documentos conciliares. Ello explica que las mayorías empobrecidas del tercer mundo apenas contasen a la hora de discernir la relación de la Iglesia con el mundo moderno. Por los años 60s se tenía excesiva confianza en el desarrollo deslumbrante logrado gracias a la técnica; se pensaba que todo quedaría resuelto una vez que ese desarrollo se hiciera extensivo a los pueblos más pobres. Pero no fue así; la ley del más fuerte se imponía inexorablemente y el abismo entre ricos y pobres se ahondaba. En esa coyuntura los obispos latinoamericanos, reunidos en Medellín 1968, lanzaron su voz profética: escuchaban el sordo clamor de

las mayorías empobrecidas y pedían nueva organización de la sociedad en justicia. Juan Pablo II fue sensible a esta situación. Su primer viaje apostólico (1979) tuvo como destino Méjico para animar la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en Puebla. Buena oportunidad para entrar en sintonía con esa preocupación por la causa de los pobres, tan viva y clara en sus encíclicas *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*. Ya mirando al tercer milenio, el Papa es muy consciente de que, con el fenómeno de la globalización, la ideología individualista se impone cada vez más en las relaciones internacionales, la injusticia es más deforme y la pobreza más escandalosa. Por eso manifiesta su preocupación y la formula como interrogante para todos los cristianos: "¿qué responsabilidades tienen ante los males de nuestro tiempo? ¿no es acaso de lamentar, entre las sombras del presente la complicidad de tantos cristianos en graves formas de injusticia y de marginación social?".[6]

ANUNCIAR LA BUENA NOTICIA DE DIOS REVELADO EN JESUCRISTO

El mundo moderno ha ido alcanzando "la mayoría de edad". Resuelve todas las cuestiones importantes sin acudir a Dios que cada vez más resulta una hipótesis inútil. La modernidad viene siendo un proceso con distintas etapas pero en una constante: Dios y la religión son echados lejos, fuera de la vida, para que no estorben al ser humano celoso de su autonomía y de su libertad. Primero fue un ateísmo combativo y últimamente viene siendo más bien una despreocupación o indiferencia religiosa; pero en todo caso el eclipse de Dios era ya un fenómeno bien notorio a mediados del siglo pasado en los pueblos europeos de tradición cristiana.

El Vaticano II fue consciente de la situación, y supo discernir adecuadamente, analizando formas y raíces del ateísmo. Volviéndose hacia la conducta de los mismos cristianos, hay una observación muy cuestinadora: "el ateísmo, considerado en su total integridad no es un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones y ciertamente, en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana; por lo cual en la génesis del ateísmo pueden tener buena parte los propios creyentes en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión".[7]

Da la impresión de que hoy el problema no es la existencia de Dios, si no de qué divinidad estamos hablando. La confesión cristiana en la divinidad de Jesucristo no separada sino en su misma humanidad, destaca la identidad singular y decisiva del cristianismo entre todas las religiones. Según la encarnación, Dios revela su poder como misericordia, en la debilidad y en el sufrimiento a favor de los seres humanos. No es el "tapagujeros" de nuestra debilidad. Ni es el trascendente que se impone por su grandiosidad inapelable silenciando nuestra subjetividad o inmanencia, sino el trascendente más íntimo a nosotros mismos, que nos da vida y aliento, que garantiza nuestra inmanencia, nos permite ser nosotros mismos, apoyando nuestra subjetividad y autonomía incluso cuando queremos actuar sin Dios y aún contra El. No espera o habla desde las nubes del cielo, sino desde el otro, nuestro semejante que, manteniendo su alteridad, es la única imagen inequívoca de Dios. Por eso nuestra fe cristiana en la divinidad de Jesucristo sólo se verifica en nuestra conducta religiosa moral y social donde el amor a Dios es inseparable del amor al prójimo, especialmente cuando éste nada puede dar a cambio. La encíclica *Dives in misericordia* (1980), fue una entrañable profesión de fe en esa ternura de Dios que "se hace particularmente visible en Cristo y por Cristo; ahí lo vemos especialmente cecano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad".[8]

Desde su fe cristiana en Dios encarnado, el papa confesó ya en su primera encíclica: "el profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre, se llama Evangelio, es decir Buena Nueva".[9] Al final de su pontificado, evocando la preocupación pastoral que él mismo vivió en el concilio, se dirige a todos los cristianos preguntándonos. "¿cómo callar ante *la indiferencia religiosa* que lleva a muchos a hombres a vivir como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentase con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia? ¿en qué medida están también ellos afectados por la atmósfera de secularismo y relativismo ético?; ¿qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos frente a la desbordante irreligiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Dios, a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social?".[10]

Juan Pablo II, testigo fiel del Evangelio, ha cruzado ya el umbral de la esperanza. Con la luz de pascua. Dejemos que esos tres interrogantes encuentren eco en nosotros, y sigamos adelante acogiendo su invitación: "el Espíritu que ha hablado por medio del Vaticano II no ha hablado en vano; la experiencia de estos años nos deja entrever nuevas perspectivas de apertura hacia esa verdad divina que la Iglesia debe anunciar en toda ocasión oportuna y no oportuna. El Concilio continuará siendo por mucho tiempo un reto para todas las Iglesias y una tarea para cada uno".[11] Ω

NOTAS

1 Cfr. GS, 1, 16, 17, 34, 39, 42.

2 Audiencia general en la Basílica de San Pedro 5.3.1969.

3 N.14.

4 *Informe sobre la fe* (Madrid, 1986), 127.

5 Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (TMA) n. 36.

6 TMA, l.c.

7 GS, 19.

8 Encíclica *Dives in misericordia*, n. 2.

9 *Redemptor hominis*, 10.

10 TMA, l.c.

11 Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza* (Barcelona, 1994), 168 y 170.

Juan Pablo II

- BREVE BIOGRAFÍA

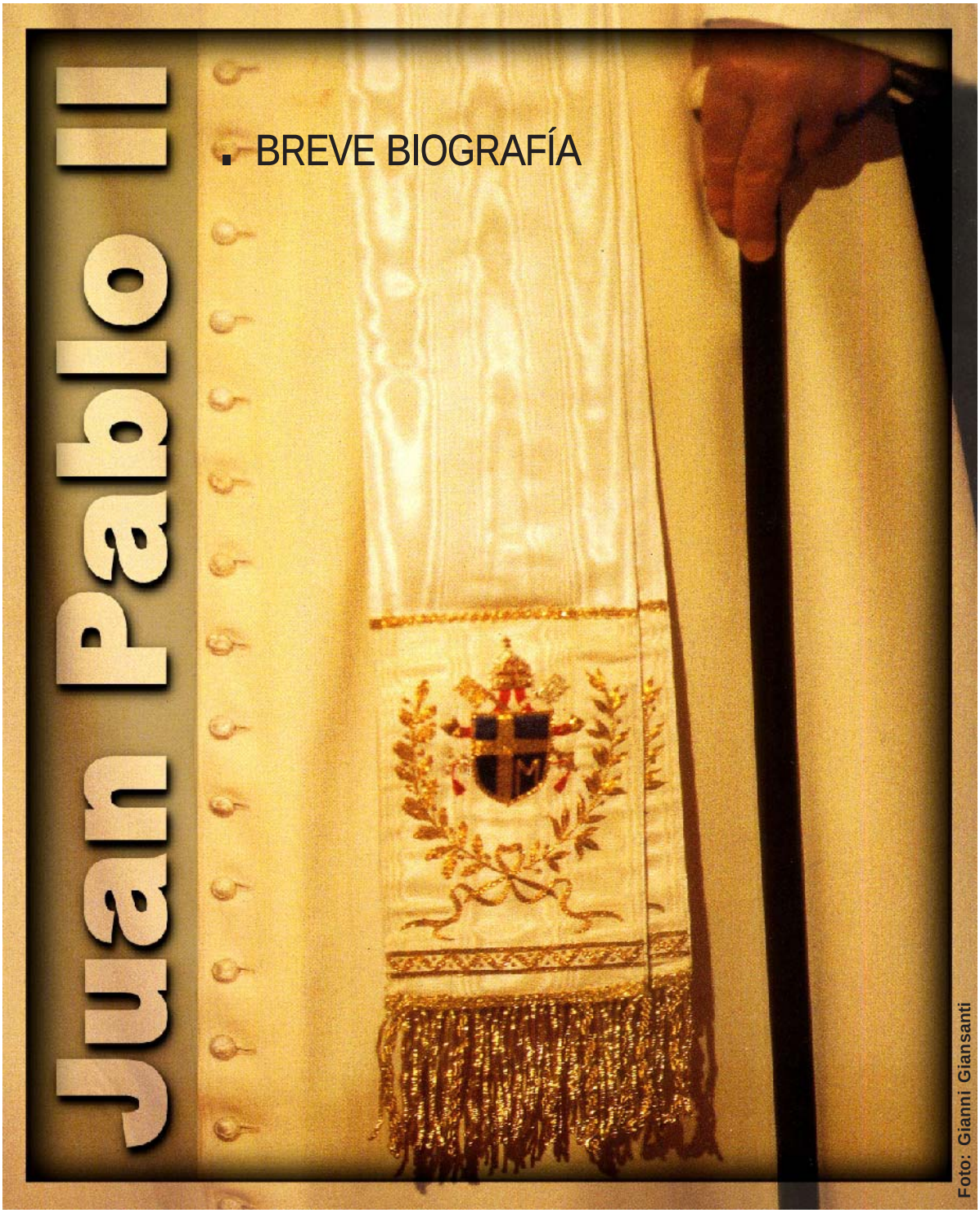
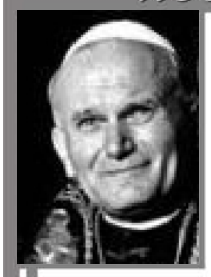


Foto: Gianni Giansanti

SEGMENTO

Su Santidad Juan Pablo II



Breve BIOGRAFÍA

KAROL JÓZEF WOJTYLA, CONOCIDO COMO Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 kilómetros de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el segundo de los dos hijos de Karol Wojtyla y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941.

A los 9 años hizo la Primera Comunión, y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela *Marcin Wadowita* de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (*Solvay*), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el arzobispo de Cracovia, cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del Teatro Rapsódico, también clandestino.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el Cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin una tesis titulada *Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler*. Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Etica Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por Pío XII Obispo Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia), de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-1965), con una contribución importante en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, el cardenal Wojtyla tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los Obispos.

Desde el comienzo de su pontificado, el 16 de octubre de 1978, el papa Juan Pablo II realizó *104 viajes pastorales fuera de Italia*, y *146 por el interior de este país*. Además, como Obispo de Roma visitó 317 de las 333 *parroquias romanas*.

Entre sus documentos principales se incluyen: *14 encíclicas*, *15 exhortaciones apostólicas*, *11 Constituciones apostólicas* y *45 cartas apostólicas*. El Papa también publicó *cinco libros*: *Cruzando el umbral de la esperanza* (octubre de 1994); *Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal* (noviembre de 1996); *Tríptico romano - Meditaciones*, libro de poesías (marzo de 2003); *¡Levantaos!*

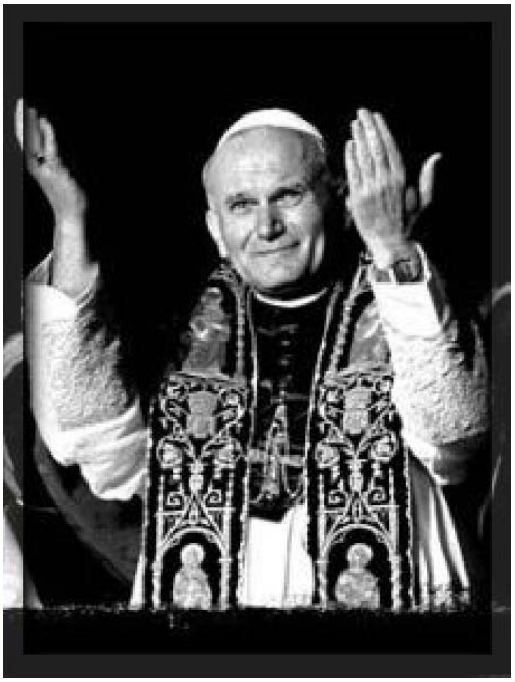
Juan Pablo II

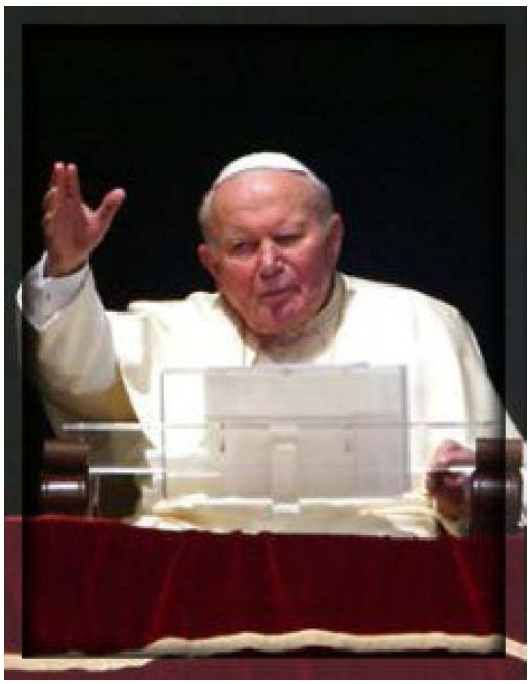
. TESTAMENTO ESPIRITUAL

Foto: Gianni Giansanti

Su Santidad Juan Pablo II

Juan Pablo II presidió 147 ceremonias de beatificación -en las que proclamó 1338 beatos- y 51 canonizaciones, con un total de 482 santos





Dos fotografías de Juan Pablo II tomadas por el fotógrafo italiano Massimo Sambucetti. A la izquierda el día de la elección, el 16 de octubre de 1978; a la derecha, el 16 de marzo de 2004.

¡Vamos! (mayo de 2004) y *Memoria e identidad* (primavera de 2005).

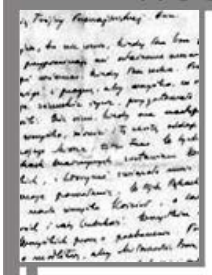
Juan Pablo II presidió *147 ceremonias de beatificación* -en las que proclamó *1338 beatos*- y *51 canonizaciones*, con un total de *482 santos*. Celebró *9 consistorios*, durante los cuales creó *231 (+1 in pectore)* cardenales. También presidió *6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio*.

Desde 1978, el Santo Padre presidió *15 Asambleas del Sínodo de los Obispos*: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), 1 general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2] y 1999).

Ningún otro Papa se encontró con tantas personas como Juan Pablo II: en cifras, más de *17 millones 600 mil 100 peregrinos* han participado en las más de 1160 *Audiencias Generales* que se celebran los miércoles. Ese número no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas [más de 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000] y los millones de fieles que el Papa encontró durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se entrevistó durante las *38 visitas oficiales* y las *738 audiencias o encuentros con jefes de Estado y 246 audiencias y encuentros con Primeros Ministros.*

Falleció en su apartamento de la Ciudad del Vaticano el sábado 2 de abril de 2005 a las 9:37 p.m: hora de Roma (3:37 p.m.: hora de Cuba). Recibió sepultura en la Gruta Vaticana, el viernes 8 de abril de 2005.

Juan Pablo II ocupó el lugar 264 en la lista de los Sumos Pontífices que han gobernado la Iglesia desde el siglo I. Ω



TESTAMENTO ESPIRITUAL
TOTUS TUUS

Totus Tuus ego sum

En el Nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

"Velad porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor" (cf.Mt 24, 42), estas palabras me recuerdan la última llamada, que vendrá en el momento que quiera el Señor. Quiero seguirle y deseo que todo lo que forma parte de mi vida terrenal me prepare a este momento. No sé cuando llegará, pero como todo, también deposito este momento en las manos de la Madre de mi Maestro: *Totus Tuus*. En sus manos maternas lo dejo todo y a todos aquellos con quienes me ha ligado mi vida y mi vocación. En esas manos dejo sobre todo a la Iglesia y también a mi nación y a toda la humanidad. A todos doy las gracias. A todos pido perdón. Pido también oraciones para que la misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad y mi indignidad.

Durante los ejercicios espirituales he releído el testamento del Santo Padre Pablo VI. Su lectura me ha llevado a escribir el presente testamento.

No dejo tras de mí propiedad alguna de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano que me servían, pido que se distribuyan como se considere oportuno. Que se quemen mis apuntes personales. Pido que se encargue de todo esto don Estanislao a quien doy las gracias por la colaboración y la ayuda tan prolongadas en estos años y tan grande. Todos los demás agradecimientos, en cambio, los dejo en el corazón ante Dios mismo, porque es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones que dio el Santo Padre Pablo VI (nota al margen: la sepultura en la tierra, no en un sarcófago, 13.3.92).

apud Dominum misericordiaet copiosa apud Eum redemptio.

Juan Pablo II

Roma, 6. III. 1979

Después de la muerte pido Santas Misas y oraciones.

5.III.80

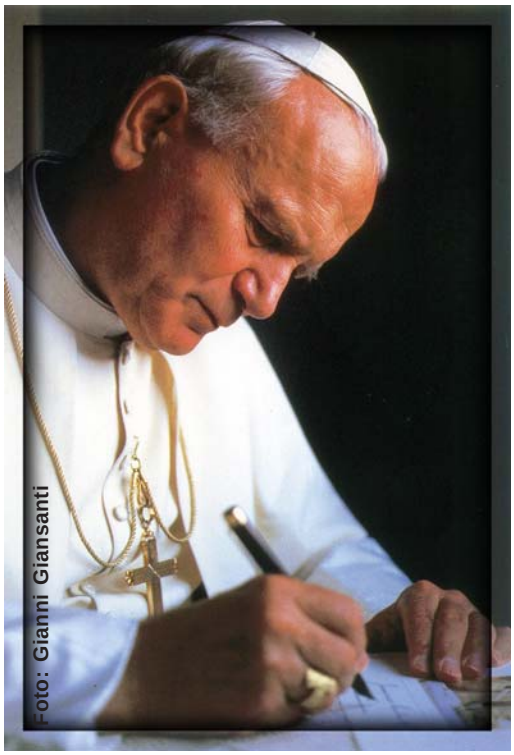
(Folio sin fecha)

Expreso mi más profunda confianza en que, a pesar de toda mi debilidad, el Señor me conceda todas las gracias necesarias para hacer frente según Su voluntad a cualquier tarea, prueba o sufrimiento que quiera pedir a su siervo en el curso de la vida. También tengo confianza en que no permitirá jamás que, mediante cualquier actitud mía: palabras, obras u omisiones, traicione mis obligaciones en esta santa Sede Petrina.

24.II-1.III.1980

También durante estos ejercicios espirituales he reflexionado sobre la verdad del sacerdocio de Cristo en la perspectiva de aquel tránsito que para cada uno de nosotros es el momento de la propia muerte. Del adiós a este mundo -para nacer a otro, al mundo futuro, signo elocuente (añadido encima: decisivo) es para nosotros la Resurrección de Cristo.

He leído por tanto la escritura de mi testamento del último año, efectuada también durante los ejercicios espirituales, la he comparado con el testamento de mi gran predecesor y padre Pablo VI, con ese testimonio sublime sobre la muerte de un cristiano y de un Papa y he renovado en mí la conciencia de las cuestiones a las que se refiere el registro del 6.III.1979 que yo había preparado (de forma bastante provisional).



Los tiempos que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos. También el camino de la Iglesia se ha vuelto difícil y tenso...

De puño y letra, en su lengua natal, Juan Pablo II inició su testamento espiritual el 6 de marzo de 1979 y añadió las últimas líneas el 17 de marzo de 2000.

Hoy quiero añadirle solamente ésto, que cada uno debe tener presente la perspectiva de la propia muerte. Y debe estar preparado para presentarse frente al Señor y al Juez y al mismo tiempo frente al Redentor y al Padre. Así, yo también lo tengo continuamente en consideración, confiando ese momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia, a la Madre de mi esperanza.

Los tiempos que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos. También el camino de la Iglesia se ha vuelto difícil y tenso, tanto para los fieles como para los pastores, prueba característica de estos tiempos. En algunos países (como por ejemplo en aquel del cual he leído en los ejercicios espirituales), la Iglesia se encuentra en un período de persecución tal que no es inferior al de los primeros siglos, al contrario, incluso los supera por el grado de crueldad y de odio. *Sanguis martyrum - semen christianorum*. Y además esto: tantas personas inocentes desaparecen también en este país en que vivimos...

Deseo una vez más confiarme totalmente a la gracia del Señor. Él mismo decidirá cuándo y cómo tengo que terminar mi vida terrenal y mi ministerio pastoral. En la vida y en la muerte *Totus Tuus* mediante la Inmaculada. Aceptando ya desde ahora esta muerte, espero que Cristo me conceda la gracia para el último pasaje, es decir la Pascua, (mía). También espero que haga que sea útil para esta causa tan importante a la que intento servir: la salvación de la humanidad, la salvaguardia de la familia humana, y con ella de todas las naciones y todos los pueblos (entre ellos también me dirijo de forma particular a mi Patria terrena), útil para las personas que de modo particular me ha confiado, para la cuestión de la Iglesia, para la gloria de Dios.

No quiero añadir nada a lo que escribí hace un año, solamente manifestar esta prontitud y al mismo tiempo esta confianza a las que de nuevo me han dispuesto los ejercicios espirituales.

Juan Pablo II

Totus Tuus ego sum
5.III.1982

En el curso de los ejercicios espirituales de este año he leído (varias veces) el texto del testamento del 6.III.1979. A pesar de que todavía lo considero provisional (no definitivo) lo dejo en la forma en que existe. No cambio (por ahora) nada, y tampoco lo agrego, por cuanto se refiere a las disposiciones que contiene.

El atentado a mi vida el 13.V.1981 confirmó, de alguna forma la exactitud de las palabras escritas en el período de los ejercicios espirituales de 1980 (24.II- 1.III).

Cuanto más profundamente siento que me encuentro totalmente en las Manos de Dios - y permanezco continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a Él en su Madre Inmaculada (*Totus Tuus*).

Juan Pablo pp. II

5.III.82

Por cuanto se refiere a la última frase de mi testamento del 6.III.79 (:"Sobre el lugar / es decir el lugar del funeral / decida el colegio cardenalicio y los compatriotas") aclaro que pienso en: el metropolitano de Cracovia o el Consejo General del Episcopado de Polonia. Pido por tanto al Colegio Cardenalicio que satisfaga en la medida de lo posible las eventuales peticiones de los más arriba citados.

1.III.1985 (en el curso de los ejercicios espirituales).

De nuevo -por cuanto respecta a la expresión "Colegio Cardenalicio y los Compatriotas"-: el "Colegio Cardenalicio" no tiene ninguna obligación de interpelar sobre este argumento a "los Compatriotas": sin embargo, puede hacerlo, si por alguna razón lo considerase justo.

JPII

Los ejercicios espirituales del año jubilar del 2000

(12-18.III)

(para el testamento)

1. Cuando el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales eligió a Juan Pablo II el primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszynsky, me dijo: "La tarea del nuevo Papa será introducir a la Iglesia en el Tercer Milenio". No sé si repito exactamente la frase, pero al menos éste era el sentido de lo que sentí entonces. Lo dijo el hombre que ha pasado a la historia como primado del Milenio. Un gran primado. He sido testigo de su misión, de su entrega total. De sus luchas: de su victoria. "La victoria, cuando llegue, será una victoria a través de María". Estas palabras de su predecesor, el cardenal August Hlond, las solía repetir el primado del Milenio.

De este modo, me he preparado para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se presentó ante mí. En el momento en que escribo estas palabras, el Año Jubilar del 2000 ya es una realidad. La noche del 24 de diciembre de 1999

Cuando el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales eligió a Juan Pablo II el primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszynsky, me dijo: "La tarea del nuevo Papa será introducir a la Iglesia en el Tercer Milenio".

se abrió la simbólica Puerta del Gran Jubileo en la basílica de San Pedro, después la de San Juan de Letrán, la de Santa María Mayor, el primer día del año y el día 19 de enero la puerta de la basílica de San Pablo Extramuros. Este último acto, dado su carácter ecuménico, se ha quedado grabado en mi memoria de modo particular.

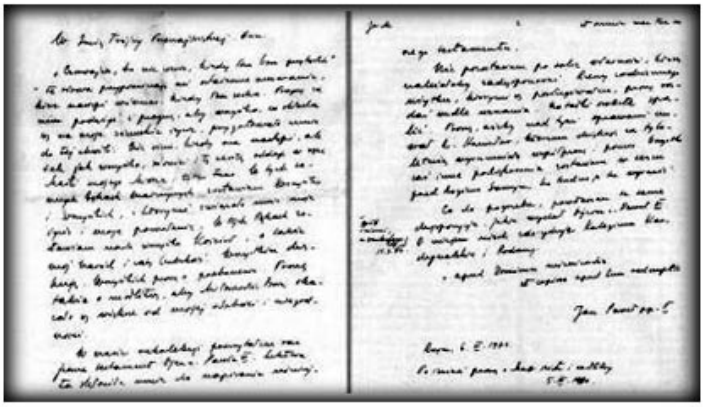
2. A medida que pasa el Año Jubilar del 2000, un día tras otro, se cierra detrás de nosotros el siglo XX y se abre el siglo XXI. Según los designios de la Providencia se me ha concedido vivir en el difícil siglo que se está acabando, que empieza a pertenecer al pasado y ahora, en el año en que la edad de mi vida alcanza los 80 años ('octogesima adveniens'), es necesario preguntarse si no es tiempo de repetir con el bíblico Simeón: *Nunc dimittis* [Cf. Lc 2, 29. La oración de Simeón se conoce como el *Nunc dimittis*, que son las dos primeras palabras de su versión latina y que significan: "Ahora puedes dejar ir". Nota de la Redacción].

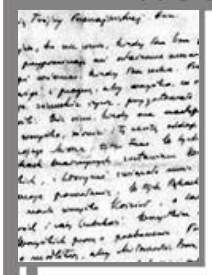
El día 13 de mayo de 1981, el día del atentado al Papa durante la audiencia general en la Plaza de San Pedro, la Divina Providencia me salvó milagrosamente de la muerte. Aquel que es único Señor de la vida y de la muerte, El mismo me ha prolongado esta vida, en un cierto modo me la ha vuelto a dar. Desde aquel momento pertenece aún más a El. Espero que El me ayudará a reconocer hasta cuándo debo continuar este servicio, al que me llamó el día 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando quiera. 'Pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor' (cf. Rm 14, 8). Espero que hasta que pueda realizar el servicio petrino en la Iglesia, la Misericordia de Dios me preste las fuerzas necesarias para ello.

3. Como todos los años, durante los ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6.III.1979. Sigo manteniendo las disposiciones contenidas en él. Lo que entonces y durante los sucesivos ejercicios espirituales se ha añadido es un reflejo de la difícil y tensa situación general, que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989 esta situación ha cambiado. El último decenio del siglo pasado ha estado libre de las tensiones anteriores; esto no significa que no hayan surgido nuevos problemas y dificultades. De modo particular, sea alabada la Divina Providencia por ello, el período de la llamada 'guerra fría' terminó sin el violento conflicto nuclear que pesaba sobre el mundo en el período precedente.

4. Al encontrarme en el umbral del tercer milenio *in medio Ecclesiae*, deseo expresar una vez más gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, -del que junto a la Iglesia entera y todo el episcopado- me siento deudor. Estoy convencido de que las nuevas generaciones podrán servirse todavía durante mucho tiempo de las riquezas proporcionadas por este Concilio del siglo XX. Como obispo que ha participado en el evento conciliar desde el primer al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán llamados a ponerlo en práctica en el futuro. Por mi parte, doy las gracias al Pastor eterno que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado.

Foto del texto original del Testamento Espiritual de Juan Pablo II.





Como obispo que ha participado en el evento conciliar desde el primer al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán llamados a ponerlo en práctica en el futuro.

In medio Ecclesiae... desde los primeros años de servicio episcopal -precisamente gracias al Concilio- he podido experimentar la comunión fraterna del episcopado. Como sacerdote de la archidiócesis de Cracovia ya sabía que es la comunión fraternal el presbiterio -el Concilio abrió una nueva dimensión de esta experiencia.

5. ¡Cuántas personas tendría que nombrar aquí! Probablemente el Señor Dios habrá llamado a Sí la mayoría de ellos. Por lo que se refiere a los que todavía se encuentran en esta parte, que las palabras de este testamento les recuerden, a todos y en todas partes, allí, donde se encuentren.

En el curso de más de veinte años desde cuando presto el servicio Petrino *in medio Ecclesiae* he experimentado la benévola y muy fecunda colaboración de tantos cardenales, arzobispos y obispos, de tantos sacerdotes y personas consagradas -hermanos y hermanas-, en fin, de tantísimas personas laicas, en el ambiente curial, en el Vicariato de la diócesis de Roma, y también fuera de estos ambientes.

¡Cómo no abrazar con grata memoria a todos los episcopados del mundo, con los cuales me he encontrado a lo largo de las visitas *ad limina Apostolorum*! ¡Cómo no recordar también a tantos hermanos cristianos no católicos! !Y al rabino de Roma y a tantos numerosos representantes de las religiones no cristianas! !Y cuántos representantes del mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

6. A medida que se avecina el límite de mi vida terrenal vuelvo con la memoria al principio, a mis padres, al hermano y la hermana (que no conocí porque murió antes de que yo naciese), a la parroquia de Wadowice donde fui bautizado, a esa ciudad que amo, a mis coetáneos, compañeras y compañeros de la escuela primaria, del bachillerato, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero y después en la parroquia de Niegowic, en la cracoviana de San Floriano, en la pastoral de los universitarios, en aquel ambiente...en todos los ambientes...en Cracovia y en Roma...en las personas que de forma especial el Señor me ha confiado.

Quiero decir a todos sólo una cosa: "Que Dios os recompense".

In manus Tuas, Domine, commendo spiritum meum.

A.D.

17.III.2000

EL MIÉRCOLES 23 DE FEBRERO LA agencia *Zenit* informó sobre el lanzamiento del quinto y último libro del Papa Juan Pablo II: *Memoria e identidad. Conversaciones al filo de dos milenios.* El texto, aparecido simultáneamente en Italia, Alemania, Brasil y España, permitirá a cientos de miles de personas conocer de primera mano los sentimientos del Papa cuando sufrió el atentado en 1981, una experiencia que él mismo compartió en sus páginas junto a su secretario personal, monseñor Stanislaw Dziwisz.

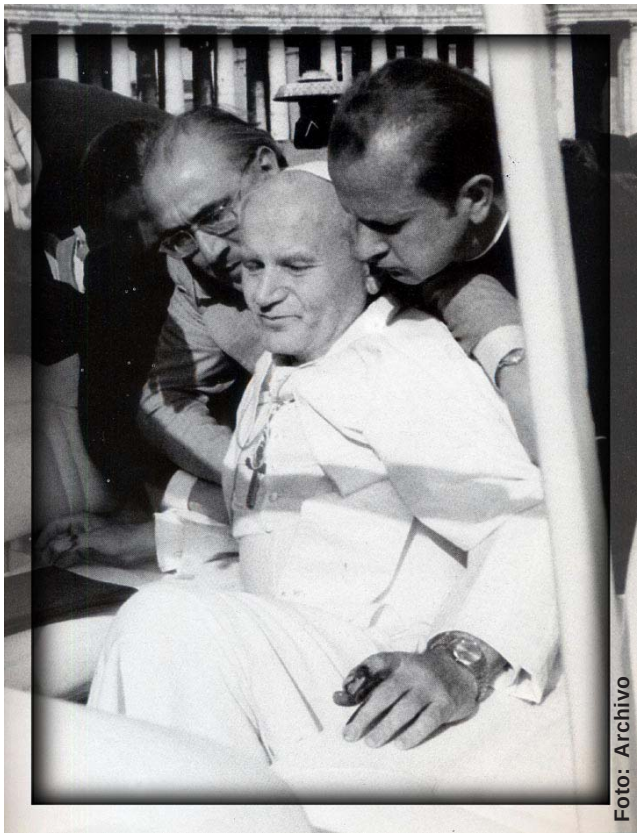


Foto: Archivo

El Papa cae herido el 13 de mayo de 1981. Detrás de él su secretario, Stanislaw Dziwisz.

"Alguien desvió esta bala": Juan Pablo II recuerda el atentado

El libro es fruto de conversaciones del Papa con los filósofos polacos Józef Tischner y Krzysztof Michalsk en los jardines de Castelgandolfo en el verano del 1993. A este material, el Santo Padre añadió o reelaboró algunos pasajes del volumen. Recoge en conjunto reflexiones sobre las grandes cuestiones de nuestro tiempo.

La editorial italiana Rizzoli tiene los derechos internacionales del volumen. De su lanzamiento en español se ha encargado La Esfera de los Libros (www.esferalibros.com).

A continuación publicamos íntegras las páginas del relato del atentado contra el Santo Padre, qué significó para él y su reflexión sobre las proporciones gigantescas del mal en el siglo xx, las redes del terror que hoy amenazan a millones de inocentes y finalmente sobre el sentido del sufrimiento, que abre las puertas a la esperanza, pues "no existe mal del que Dios no pueda obtener un bien más grande".

EPÍLOGO

La última conversación tuvo lugar en el pequeño comedor del palacio pontificio de Castel Gandolfo. Participó también el secretario del Santo Padre, monseñor Stanislaw Dziwisz.

"ALGUIEN DESVIÓ ESTA BALA"

¿Cómo se desarrollaron verdaderamente los hechos de aquel 13 de mayo de 1981? El atentado y todo lo que comportó, ¿no revelaron alguna verdad sobre el papado, tal vez olvidada? ¿No se podría leer en ellos un mensaje peculiar de su misión personal, Santo Padre? Usted visitó en la cárcel al autor del atentado y se encontró con él cara a cara. ¿Cómo ve hoy aquellos sucesos,

después de tantos años? ¿Qué significado han tenido en su vida el atentado y los demás acontecimientos relacionados con él?

Juan Pablo II: Todo esto ha sido una muestra de la gracia divina. Veo en ello una cierta analogía con la prueba a la que fue sometido el cardenal Wyszynski durante su prisión. Sólo que la experiencia del primado de Polonia duró más de tres años, mientras que la mía fue más bien breve, apenas unos meses. Agca sabía cómo disparar y disparó ciertamente a dar. Pero fue como si alguien hubiera guiado y desviado esa bala...

Stanislaw Dziwisz: Agca tiró a matar. Aquel disparo debería haber sido mortal. La bala atravesó el cuerpo del Santo Padre, hiriéndolo en el vientre, en el codo derecho y en el dedo índice izquierdo. El proyectil cayó después entre el Papa y yo. Oí dos disparos más, y dos personas que estaban a nuestro lado cayeron heridas.

Pregunté al Santo Padre: "¿Dónde?" Contestó: "En el vientre." "¿Le duele?" "Duele."

No había ningún médico cerca. No había tiempo para pensar. Trasladamos inmediatamente al Santo Padre a la ambulancia y a toda velocidad fuimos al Policlínico Gemelli. El Santo Padre iba rezando a media voz. Después, ya durante el trayecto, perdió el conocimiento.

Varios factores fueron decisivos para salvar su vida. Uno de ellos fue el tiempo, el tiempo empleado para llegar a la clínica: unos minutos más, un pequeño obstáculo en el camino, y hubiera llegado demasiado tarde. En todo esto se ve la mano de Dios. Todos los detalles lo indican.

Juan Pablo II: Sí, me acuerdo de aquel traslado al hospital. Estuve consciente poco tiempo. Tenía la sensación de que podría superar aquello. Estaba sufriendo, y esto me daba motivos para tener miedo, pero mantenía una extraña confianza.

Dije a don Stanislaw que perdonaba al agresor. Lo que pasó en el hospital, ya no lo recuerdo.

Stanislaw Dziwisz: Casi inmediatamente después de la llegada al policlínico llevaron al Santo Padre al quirófano. La situación era muy grave. Su organismo había perdido mucha sangre. La tensión arterial bajaba dramáticamente, el latido del corazón apenas era perceptible. Los médicos me sugirieron que administrara la Unción de los Enfermos al Santo Padre. Lo hice de inmediato.

Juan Pablo II: Prácticamente estaba ya del otro lado.

Stanislaw Dziwisz: Después hicieron al Santo Padre una transfusión de sangre.

Juan Pablo II: Las complicaciones posteriores y el retardo en todo el proceso de restablecimiento fueron, después de todo, consecuencias de aquella transfusión.

Stanislaw Dziwisz: El organismo rechazó la primera sangre. Pero se encontraron médicos del mismo hospital que donaron su propia sangre para el Santo Padre. Esta segunda transfusión tuvo éxito. Los médicos hicieron la operación sin muchas esperanzas de que el paciente sobreviviría. Como es comprensible, no se preocuparon para nada del dedo índice traspasado por la bala. Me dijeron: "Si sobrevive, ya se hará algo después para resolver este problema." En realidad, la herida del dedo cicatrizó sola, sin ninguna intervención particular.

Después de la operación, llevaron al Santo Padre a la sala de reanimación. Los médicos temían una infección que, en aquella situación, podía ser fatal. Algunos órganos internos del Santo Padre estaban gravemente afectados. La operación fue muy difícil. Pero, finalmente, todo cicatrizó perfectamente y sin complicaciones, aunque todos saben que éstas son frecuentes tras una intervención tan compleja.

Juan Pablo II: En Roma el Papa moribundo, en Polonia el luto... En mi Cracovia, los estudiantes organizaron una manifestación: la "marcha blanca". Cuando fui a Polonia, dije: He venido para agradeceros la "marcha blanca". Estuve también en Fátima para dar gracias a la Virgen.

¡Dios mío! Esto fue una dura experiencia. Me desperté sólo al día siguiente, hacia el mediodía. Y dije a don Stanislaw: "Anoche no recé Completas."

Stanislaw Dziwisz: Para ser más exactos, usted, Santo Padre, me preguntó: "¿He rezado ya Completas?" Porque pensaba que todavía era el día anterior.

Juan Pablo II: No me daba cuenta alguna de todo lo que sabía don Stanislaw. No me decían que la situación era tan grave. Además, había estado inconsciente durante bastante tiempo.

Al despertar, me hallaba incluso de bastante buen ánimo. Por lo menos al principio.

Stanislaw Dziwisz: Los tres días siguientes fueron terribles. El Santo Padre sufría muchísimo. Porque tenía drenajes y cortes por todos los lados. No obstante, la convalecencia seguía un proceso muy rápido. A comienzos de junio, el Santo Padre volvió a casa. Ni siquiera tuvo que seguir una dieta especial.

Juan Pablo II: Como se ve, mi organismo es bastante fuerte.

Stanislaw Dziwisz: Algo más tarde, el organismo fue atacado por un virus peligroso, como consecuencia de la primera transfusión o tal vez del agotamiento general. Se había suministrado al Santo Padre una enorme cantidad de antibióticos para protegerlo de la infección. Pero eso redujo notablemente sus defensas inmunológicas. Comenzó a desarrollarse así otra enfermedad. El Santo Padre fue llevado de nuevo al hospital.

Gracias a una terapia intensiva, su estado de salud mejoró de tal manera que los médicos estimaron que se podía acometer una nueva operación para completar las intervenciones quirúrgicas realizadas el día del atentado. El Santo Padre escogió el 5 de agosto, el día de Nuestra Señora de las Nieves, que en el calendario litúrgico figura como el día de la Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

También aquella segunda fase fue superada. El 13 de agosto, tres meses después del atentado, los médicos emitieron un comunicado en el que informaban de la conclusión de los

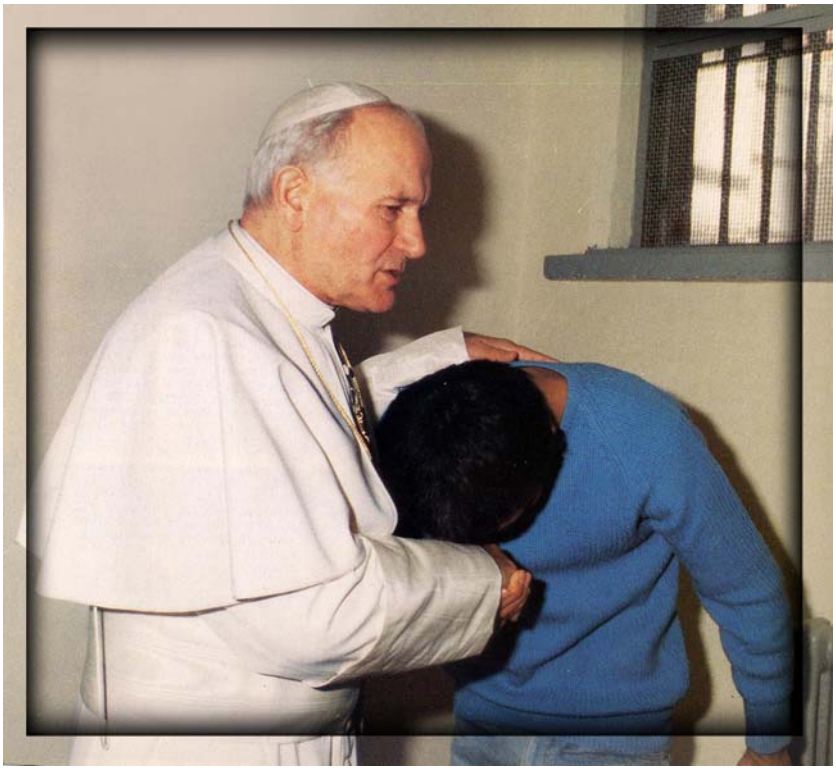


Foto: Arturo Mari

Juan Pablo II perdonó a su agresor Ali Agca, a quien llamó "el hermano que me ha herido".

cuidados clínicos. El paciente pudo regresar definitivamente a casa.

Cinco meses después del atentado, el Papa volvió a asomarse a la plaza de San Pedro para recibir de nuevo a los fieles. No demostraba sombra alguna de temor ni de estrés, por más que los médicos hubieran advertido de esta posibilidad. Dijo entonces: "Y de nuevo me he hecho deudor de la Santísima Virgen y de todos los santos Patronos. ¿Podría olvidar que el evento en la plaza de San Pedro tuvo lugar el día y a la hora en que, hace más de sesenta años, se recuerda en Fátima, Portugal, la primera aparición de la Madre de Cristo a los pobres niños campesinos? Porque, en todo lo que me ha sucedido precisamente ese día, he notado la extraordinaria materna protección y solicitud, que se ha manifestado más fuerte que el proyectil mortífero."

Juan Pablo II: Durante el tiempo de Navidad de 1983 visité al autor del atentado en la cárcel. Conversamos largamente. Alí Agca, como dicen todos, es un asesino profesional. Esto significa que el atentado no fue iniciativa suya, sino que algún otro lo proyectó, algún otro se lo encargó. Durante toda la conversación se vio claramente que Alí Agca continuaba preguntándose cómo era posible que no le saliera bien el atentado. Porque había hecho todo lo que tenía que hacer, cuidando hasta el último detalle. Y, sin embargo, la víctima designada escapó de la muerte. ¿Cómo podía ser?

Lo interesante es que esta inquietud lo había llevado al ámbito religioso. Se preguntaba qué ocurría con aquel misterio de Fátima y en qué consistía dicho secreto. Lo que más le interesaba era esto; lo que, por encima de todo, quería saber.

Mediante aquellas preguntas insistentes, tal vez manifestaba haber percibido lo que era verdaderamente importante. Alí Agca había intuido probablemente que, por encima de su poder, el poder de disparar y de matar, había una fuerza superior. Y, entonces, había comenzado a buscarla. Espero que la haya encontrado.

Stanislaw Dziwisz: Considero un don del cielo el milagroso retorno del Santo Padre a la vida y a la salud. El atentado, en su aspecto humano, sigue siendo un misterio. No lo ha aclarado ni el proceso, ni la larga reclusión en cárcel del agresor. Fui testigo de la visita del Santo Padre a Alí Agca en la cárcel. El Papa lo había perdonado públicamente ya en su primera alocución después del atentado. Por parte del prisionero nunca le he oído pronunciar las palabras: "Pido perdón." Le interesaba únicamente el secreto de Fátima. El Santo Padre recibió varias veces a la madre y los familiares del ejecutor, y con frecuencia preguntaba por él a los capellanes del instituto penitenciario.

En el aspecto divino, el misterio consiste en todo el desarrollo de este acontecimiento dramático, que debilitó la salud y las fuerzas del Santo Padre, pero que en modo alguno aminoró la eficacia y fecundidad de su ministerio apostólico en la Iglesia y en el mundo.

Pienso que no es ninguna exageración aplicar en este caso el dicho: *Sanguis martyrum semen christianorum*. Tal vez había necesidad de esta sangre en la plaza de San Pedro, en el lugar del martirio de muchos de los primeros cristianos.

El primer fruto de esta sangre fue sin duda la unión de toda la Iglesia en la gran oración por la salud del Papa. Durante toda la noche después del atentado, los peregrinos venidos para la audiencia general y una creciente multitud de romanos rezaban en la plaza de San Pedro. Los días sucesivos, en las catedrales, iglesias y capillas de todo el mundo, se celebraron misas y se elevaron plegarias por la recuperación del Papa. El mismo Santo Padre decía a este respecto: "Me resulta difícil pensar en esto sin emoción. Sin una profunda gratitud para todos. Hacia todos los que el día 13 de mayo se reunieron en oración. Y hacia todos los que han perseverado en ella durante este tiempo [...]. Estoy agradecido a Cristo Señor y al Espíritu Santo, el cual, mediante este evento, que tuvo lugar en la plaza de San Pedro el día 13 de mayo a las 17.17, ha inspirado a tantos corazones para la oración común. Y, al pensar en esta gran oración, no puedo olvidar las palabras de los Hechos de los Apóstoles que se refieren a Pedro: 'La Iglesia oraba insistentemente a Dios por él' (Hch 12, 5)". Ω

Juan Pablo II: Vivo constantemente convencido de que en todo lo que digo y hago en cumplimiento de mi vocación y misión, de mi ministerio, hay algo que no sólo es iniciativa mía. Sé que no soy el único en lo que hago como Sucesor de Pedro.

Pensemos, por ejemplo, en el sistema comunista. Ya he dicho precedentemente que su caída se debió principalmente a los defectos de su doctrina económica. Pero quedarse únicamente en los factores económicos sería una simplificación más bien ingenua. Por otro lado, también sé que sería ridículo considerar al Papa como el que derribó con sus manos el comunismo.

Pienso que la explicación se halla en el Evangelio. Cuando los primeros discípulos enviados en misión vuelven a Cristo, dicen: "Hasta los demonios se nos someten en tu nombre" (Lc 10, 17). Cristo les contesta: "No estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo" (Lc 10, 20). Y en otra ocasión añade: "Decid: 'Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer'" (Lc 17, 10).

Siervos inútiles... La conciencia del "siervo inútil" crece en mí en medio de todo lo que ocurre a mi alrededor, y pienso que me va bien así.

Volvamos al atentado: creo que haya sido una de las últimas convulsiones de las ideologías de las prepotencias surgidas en el siglo XX. El fascismo y el hitlerismo propugnaban la imposición por la fuerza, al igual que el comunismo. Una imposición similar se ha desarrollado en Italia con las Brigadas Rojas, asesinando a personas inocentes y honestas.

Al leer de nuevo hoy, después de algunos años, la transcripción de las conversaciones grabadas entonces, noto que las manifestaciones de los "años de plomo" se han atenuado notablemente. No obstante, en este último período se han extendido en el mundo las llamadas "redes del terror", que son una amenaza constante para millones de inocentes. Se ha tenido una impresionante confirmación en la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York (11 septiembre 2001), en el atentado en la Estación de Atocha en Madrid (11 marzo 2004) y en la masacre de Beslan en Osetia (1-3 septiembre 2004). ¿Dónde nos llevarán estas nuevas erupciones de violencia?

La caída del nazismo, primero, y después de la Unión Soviética, es la confirmación de una derrota. Ha mostrado toda la insensatez de la violencia a gran escala, que había sido teorizada y puesta en práctica por dichos sistemas. ¿Querrán los hombres tomar nota de las dramáticas lecciones que la historia les ha dado? O, por el contrario, ¿cederán ante las pasiones que anidan en el alma, dejándose llevar una vez más por las insidias nefastas de la violencia?

El creyente sabe que la presencia del mal está siempre acompañada por la presencia del bien, de la gracia. San Pablo escribió: "No hay proporción entre la culpa y el don: si por la culpa de uno murieron todos, mucho más, gracias a un solo hombre, Jesucristo, la benevolencia y el don de Dios desbordaron sobre todos" (Rm 5, 15). Estas palabras siguen siendo actuales en nuestros días. La Redención continúa. Donde crece el mal, crece también la esperanza del bien. En nuestros tiempos, el mal ha crecido desmesuradamente, sirviéndose de los sistemas perversos que han practicado a gran escala la violencia y la prepotencia. No me refiero ahora al mal cometido individualmente por los hombres movidos por objetivos o motivos personales. El del siglo XX no fue un mal en edición reducida, "artesanal", por llamarlo así. Fue el mal en proporciones gigantescas, un mal que ha usado las estructuras estatales mismas para llevar a cabo su funesto cometido, un mal erigido en sistema.

Pero, al mismo tiempo, la gracia de Dios se ha manifestado con riqueza sobreabundante. No existe mal del que Dios no pueda obtener un bien más grande. No hay sufrimiento que no sepa convertir en camino que conduce a Él. Al ofrecerse libremente a la pasión y a la muerte en la Cruz, el Hijo de Dios asumió todo el mal del pecado. El sufrimiento de Dios crucificado no es sólo una forma de dolor entre otros, un dolor más o menos grande, sino un sufrimiento incomparable. Cristo, padeciendo por todos nosotros, ha dado al sufrimiento un nuevo sentido, lo ha introducido en una nueva dimensión, en otro orden: en el orden del amor. Es verdad que el sufrimiento entra en la historia del hombre con el pecado original. El pecado es ese "aguijón" (cf. 1 Co 15, 55-56) que causa dolor y hiere a muerte la existencia humana. Pero la pasión de Cristo en la cruz ha dado un sentido totalmente nuevo al sufrimiento y lo ha transformado desde dentro. Ha introducido en la historia humana, que es una historia de pecado, el sufrimiento sin culpa, el sufrimiento afrontado exclusivamente por amor. Es el sufrimiento que abre la puerta a la esperanza de la liberación, de la eliminación definitiva del "aguijón" que desgarra la humanidad. Es el sufrimiento que destruye y consume el mal con el fuego del amor, y aprovecha incluso el pecado para múltiples brotes de bien.

Todo sufrimiento humano, todo dolor, toda enfermedad, encierra en sí una promesa de liberación, una promesa de la alegría: "Me alegro de sufrir por vosotros", escribe san Pablo (Col 1, 24). Esto se refiere a todo sufrimiento causado por el mal, y es válido también para el enorme mal social y político que estremece el mundo y lo divide: el mal de las guerras, de la opresión de las personas y los pueblos; el mal de la injusticia social, del desprecio de la dignidad humana, de la discriminación racial y religiosa; el mal de la violencia, del terrorismo y de la carrera de armamentos. Todo este sufrimiento existe en el mundo también para despertar en nosotros el amor, que es la entrega de sí mismo al servicio generoso y desinteresado de los que se ven afectados por el sufrimiento.

En el amor, que tiene su fuente en el Corazón de Jesús, está la esperanza del futuro del mundo. Cristo es el Redentor del mundo: "Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron" (Is 53, 5). Ω

HACE ALGÚN TIEMPO, CUANDO LA SALUD DE SU Santidad Juan Pablo II empezó a deteriorarse de modo ostensible, le pregunté al Padre Jesús Espeja, op, quién creía iba a sustituir al actual Papa. Los que conocemos al Padre Espeja sabemos que sus respuestas siempre son claras, iluminadoras, sabias. No he podido olvidar lo que me dijo entonces: "quién quiera que lo sustituya lo hará bien porque no son los hombres sino la Iglesia y Dios quién obra por ellos. Yo creo en la Iglesia y en Jesús, no en los hombres. Ahí tienes a Juan Pablo II. ¿Quién diría hace más de veinte años que un polaco casi desconocido en el mundo haría tanto por la Iglesia y por la gente?".

Charisma es un don gratuito que permite llevar el bien a todos, y San Pablo decía que dentro de esa cualidad se incluye la de ser apóstol, profeta, maestro, pastor y poseedor del don de lenguas. Todo esto reunía Juan Pablo II en su personalidad de forma natural, auténtica.

por Francisco ALMAGRO DOMÍNGUEZ

Juan Pablo II:
LIDERAZGO Y CARISMA

En efecto, la historia de la Iglesia resulta muchas veces paradójica e incomprensible a primera vista. Cuando Karol Wojtyla apareció ante el público el 16 de octubre de 1978 tomando como nombre Juan Pablo II, desafió no solo las predicciones de los *vaticanistas* más experimentados sino a los propios fieles italianos, acostumbrados desde 1523 a saludar como Papa a un coterráneo suyo. Sorprendió a los contendientes de la Guerra Fría, en su clímax entonces, porque un hombre venido de un país comunista siempre sería un enigma en sus posiciones políticas. Asombró a obispos y ordenados, porque aunque había participado activamente en el Concilio Vaticano II, la *revolución* producida a partir de éste todavía caminaba sin rumbo definido en muchos asuntos doctrinales e incluso de orden práctico.

Quizás el más conmovido de todos fuera el mismo Juan Pablo II. Su primer mensaje al mundo fue revelador: *No tengan miedo, abran sus corazones a Cristo*. De alguna manera también él sentía, como aquellos apóstoles primeros de los que había tomado el nombre, Juan y Pablo, temor por la enorme responsabilidad de llevar la Iglesia por nuevos caminos.

No se trataba de una elección casual, un Papa de transición, como suele llamársele a los pontífices elegidos para corto tiempo. Su antecesor, Juan Pablo I, había muerto a pocas semanas del acceder al papado y tal vez los cardenales electores querían asegurar un período más prolongado. Era joven Juan Pablo II –apenas 58 años– y gozaba de la buena salud que le había dado una vida austera, haber hecho trabajos físicos duros, y ser un deportista impenitente.

Bendigan a quienes los persigan;
bendigan y no maldigan. Alégrense
con los que están alegres, lloren con los que lloren.
Vivan en armonía unos con otros.
No busquen grandezas y vayan a lo humilde;
no se tengan por sabios.
San Pablo a los Romanos 12, 14-16

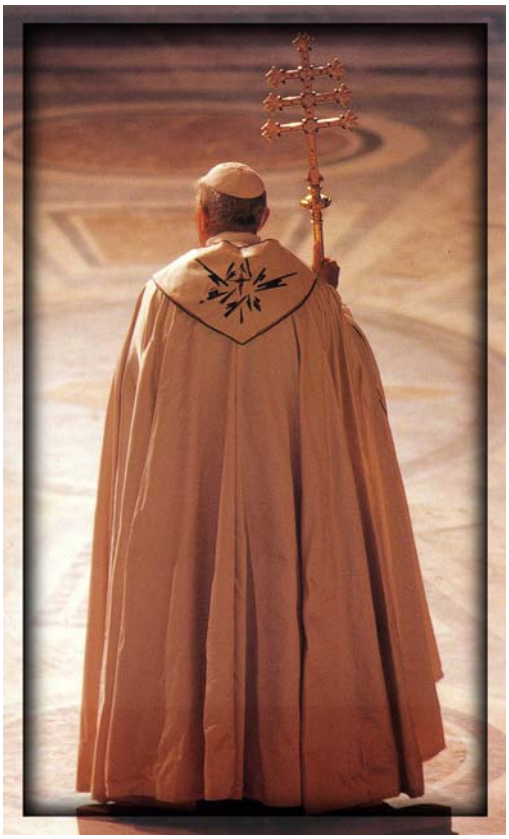


Foto: Gianni Giansanti

Pero entre ser designado y llegar a convertirse en el líder que quería la Iglesia y necesitaba el mundo de aquellos días se abría una gran incógnita. De elegido por el *poder* tendría que llegar a ser identificado como un líder auténtico no solo por católicos, también por los cristianos de otras iglesias, los no creyentes en Cristo, los hebreos, y sobre todo un líder espiritual y moral para el mundo secular, enrolado ya en una peligrosa carrera armamentista que parecía no detenerse y avizoraba un trágico final.

Si un rasgo de su liderazgo, entre muchos, habrá que estudiar en el futuro, es su capacidad de sorprender, de desconcertar nuestras muy limitadas facultades humanas y desarmar aquellas ataduras que nos impiden ver más allá de las circunstancias. En eso el Cristianismo, y Juan Pablo II, la cara visible de Cristo en las postrimerías del Segundo Milenio, fue paradigmático. Desde el primer día mostró a todos la parte humana que nos debilita, el miedo, y su solución, abrirnos a la trascendencia del Absoluto. Hombre de su tiempo, él mismo había sufrido en lo personal y familiar el totalitarismo, y el temor que se siente cuando la desesperanza anida en el corazón de los seres humanos.

Poco a poco el mundo fue conociendo que detrás de las primeras brillantes encíclicas, como *Redemptor hominis* (Redentor del hombre, 1979), había un apóstol como Pablo, capaz de llevar el mensaje a todas las comunidades de la Tierra sin límite de tiempo, ideologías o barreras lingüísticas. La coherencia de este hombre entre su pensamiento, sus sentimientos y sus acciones le fueron ganando el corazón de creyentes y no creyentes. Como Pablo, era capaz de hablar para el más selecto auditorio y también para los pobres de África, América o Asia. Los seres humanos tenemos una especial sensibilidad para captar la integridad de los líderes, más allá de estar de acuerdo o no con sus propuestas. Muy pronto el casi *desconocido* Papa polaco se hizo además de referente en temas eclesiales y teológicos, una autoridad moral y ética cuya palabra empezó a transformar la vida de personas y pueblos.

Pero no solo era simpatía lo que despertaba en la gente Juan Pablo II. Eso, y quizás mucho más que él, lo había logrado Juan XXIII. Karol Wojtyla tenía una cualidad especial que los psicólogos llaman ser empático; significa colocarse en el lugar de los demás, y sentir lo mismo que sus semejantes. Esa conexión intangible, sobre todo con las grandes y diversas masas humanas, es algo infrecuente, diría que excepcional en nuestros días. Las anécdotas de sus viajes son muchas, y no hay espacio para narrar algunas de ellas. Baste solo anotar que la empatía de Juan Pablo II con los niños y con los jóvenes dejaba atónitos hasta a sus allegados colaboradores, a pesar de estar *acostumbrados* a las sorpresas. A estos últimos, los jóvenes de hoy, el Papa les hablaba de temas complicados, difíciles de asimilar en un mundo secular, hedonista y consumista. Al contrario de lo que podría esperarse, muchos jóvenes cambiaron radicalmente sus vidas tras escuchar y sobre todo *vibrar* con el amor del Papa.

¿Un hombre carismático? Sin duda. *Charisma* es un don gratuito que permite llevar el bien a todos, y San Pablo decía que dentro de esa cualidad se incluye la de ser apóstol, profeta, maestro, pastor y poseedor del don de lenguas. Todo esto reunía Juan Pablo II en su personalidad de forma natural, auténtica.

Pero hubo más, y quizás empezaremos a comprenderlo ahora que habita en la Casa del Padre. En un planeta dónde se premia la belleza del físico por encima de la del espíritu, el consumo sobre la moderación, la ideología más que los sentimientos, el poder más que el deber, Juan Pablo II llevó la cruz de su sufrimiento hasta límites que parecían imposibles. La televisión de hoy, tan dada a las especulaciones y los golpes de efecto, lo tomaba en sus temblores, su marcha tambaleante, la voz entrecortada, y el hilillo de saliva que brotaba de su boca por la rigidez muscular que en el rostro le iba provocando la enfermedad de Parkinson. Personas entrevistadas en todas las latitudes decían que el Papa debía renunciar. Unos lo hacían con un sentido de compasión. Otros, porque molestaba tanta fortaleza. Fuerzas que volvían a sorprender a quienes próximos a él lo sabían un trabajador infatigable. Ambas posiciones, aunque comprensibles, no logran captar el último mensaje del Papa a nuestro tiempo.

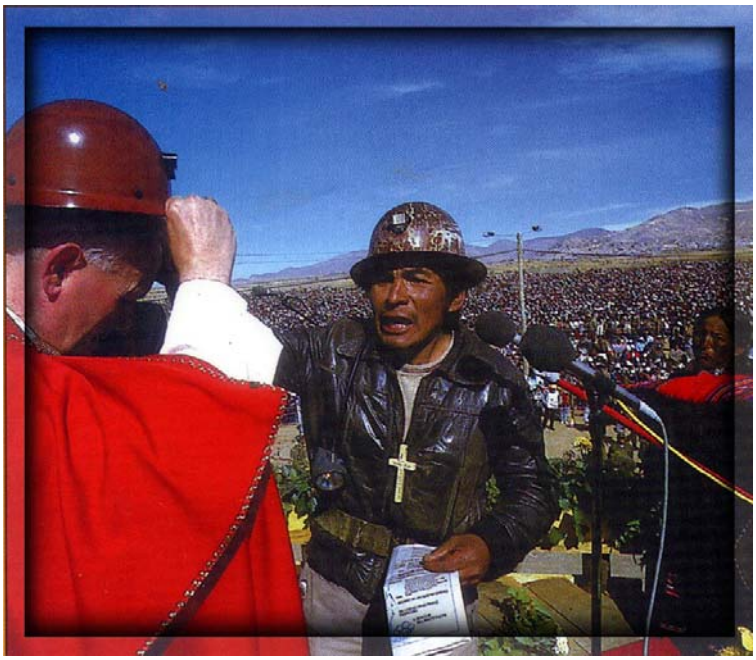
Su ofrenda final fue más una experiencia, una vivencia, que una de sus lúcidas obras teológicas o una renuncia pertinente. Volvió Karol Wojtyla a seguir los pasos de San Pablo: el compromiso y el sufrimiento tienen un efecto liberador cuando se dan desde el amor. Sabía Juan Pablo II que lo que convierte a los hombres no es una lectura o una ceremonia bonitas, sino el testimonio vivo: hacer llegar a los otros la milagrosa obra del amor. Juan Pablo II no renunció al *trono*, pero sí renunció a lo fácil, a lo *lógico*, a lo *políticamente correcto*.

Justamente, haber ido siempre contra la corriente en una sociedad globalizada que parece preferir los flotadores más que las brazadas, le ganó la admiración aún de quienes muy alejados de la doctrina católica, tienen la suficiente honradez e inteligencia para admitir semejante liderazgo ético y espiritual. De ese modo, en la mente de todos los que le hemos sobrevivido, Juan Pablo II actualizó en el naciente siglo XXI –buena falta hacía– uno de los grandes significados del Cristianismo: se ama más en la medida que se es capaz de renunciar a uno mismo en bien de los demás. Es la clave de la felicidad. Su último mensaje antes de morir fue: *Soy feliz, séanlo ustedes también*. Ω

Juan Pablo II
y el diagnóstico de nuestro tiempo

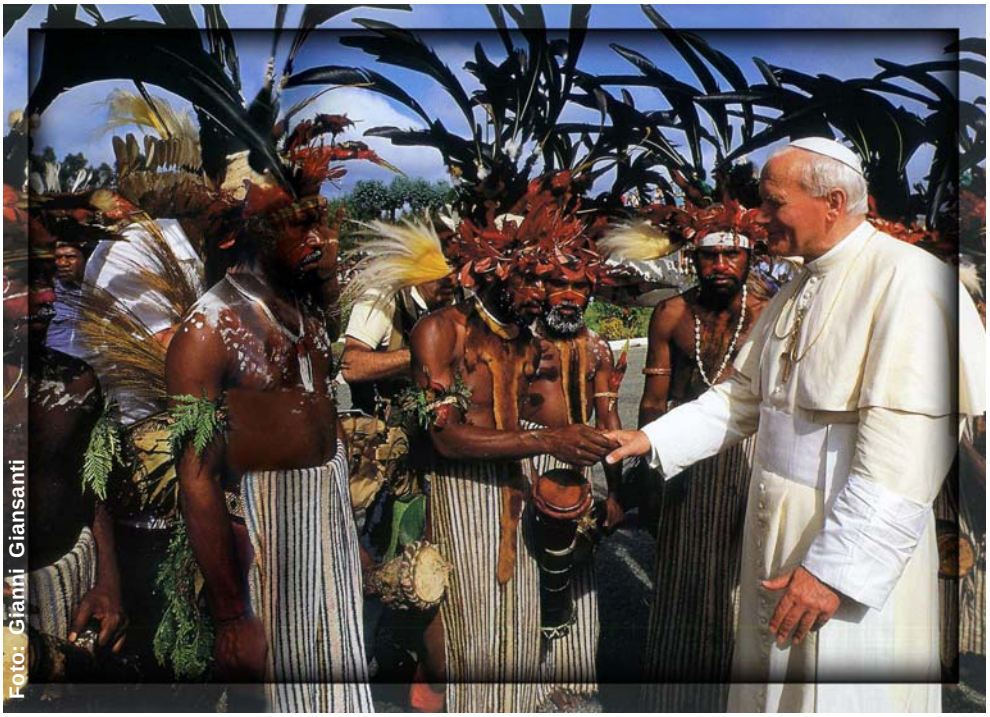
por Roberto VEIGA GONZÁLEZ

LA HUMANIDAD ACABA DE DESPEDIR A JUAN PABLO II, el Papa Grande. Karol Wojtyla ha sido una de esas pocas personas capaces de trazar nuevas vías en la historia. La plenitud teórica del Concilio Vaticano II encontró en el magisterio del papa Juan Pablo II su actualización práctica. Con sencillez y acudiendo a los elementos antropológicos irrevocables de la Revelación, trató con profundidad los temas la mujer y la Virgen, el Creador y la familia, el pecado y la Redención, la sexualidad y la moralidad, el dolor y la muerte, entre otros. El legado de este pensamiento podemos encontrarlo en innumerables documentos, tales como: encíclicas, exhortaciones apostólicas, instrucciones pastorales, mensajes, discursos, poesía, teatro, cartas...



El conjunto de criterios sociales del difunto Papa parte de la dignidad de persona humana, de la fe y del pensamiento, de la cultura y los derechos humanos.

Sus encíclicas poseen un valor destacadísimo en el ámbito del pensamiento. Representan un diagnóstico de la sociedad de nuestro tiempo y aportan soluciones a los problemas que plantea. El método de elaboración tiene un enorme nivel intelectual y un gran valor religioso. Cada problema que aborda lo hace desde las raíces hasta nuestros días y no lo concreta a un país o continente, sino que lo extiende sobre toda la Tierra. Querer acortar el pensamiento del Papa, a un sector o ámbito determinado,



Segunda visita de Juan Pablo II a Papua-Nueva Guinea, 1994.

es mutilarlo e impedir acceder a la riqueza de su contenido. El pensamiento de Juan Pablo II es recurrente. Da vueltas sobre los problemas y vuelve a ellos cuando ya parecía haberlos agotado. Se expresa en espiral para llegar siempre al vértice que es la perspectiva moral de todas las cosas. Los capítulos de sus encíclicas sólo responden parcialmente al título que los encabeza, porque no es posible compartimentar su pensamiento, ni sus ideas. Todas están relacionadas entre sí. A todas es posible encontrarles una conexión moral.

El conjunto de las encíclicas de Juan Pablo II constituye un grueso volumen, que el intelectual, cualquiera que sea su signo y convicciones, no debe ignorar ni desconocer.

Para comprender la amplia y prolija reflexión social del papa Juan Pablo II es necesario entender primero las bases de su concepción del hombre y el fundamento moral de su pensamiento. El conjunto de criterios sociales del difunto Papa parten de la dignidad de la persona, de la fe y del pensamiento, de la cultura y los derechos humanos. Para adentrarse en su idea especial acerca de la comunidad, a través de los temas de la familia y los grupos sociales, el trabajo y la economía, la propiedad y el destino universal de los bienes, la patria y la nación, el Estado y el orden internacional. Precisando siempre los fines y medios de todo quehacer humano: la vida y la felicidad, la paz y el progreso, la justicia y la solidaridad.

El conjunto de las encíclicas de Juan Pablo II constituye un grueso volumen, que el intelectual, cualquiera que sea su signo y convicciones, no debe ignorar ni desconocer. Es importante que todos aquellos interesados en construir un mundo más humano estudien los documentos del Papa, sobre todo las Encíclicas *Redemptor hominis* (1979), *Laborem exercens* (1981), *Solicitudo rei socialis* (1987), *Centesimus annus* (1991), *Veritatis splendor* (1993), *Evangelium vitae* (1995) y *Fides et ratio* (1998). Además, y por qué no, los mensajes durante la visita a Cuba en 1998. Estos constituyen lo que el Cardenal Arzobispo de La Habana en una ocasión definió como *Proyecto esperanza*: ideal que esboza para Cuba, pero también para cualquier nación, todo un programa social de armonía y ascenso. Los pilares de dicho proyecto son la apertura a Cristo y el respeto al prójimo, el trabajo cultural y educativo, el amor a la justicia y el ejercicio responsable de la libertad, el perdón y la solidaridad, la síntesis y la gradualidad, así como las relaciones positivas entre la sociedad, la Iglesia y el Estado.

En estos momentos, cuando el cielo recibe al hombre más grande de este tiempo, la humanidad gana un fuerte mediador ante el Señor de la historia. Juan Pablo II también estará con su humanidad siempre. Lo importante ahora es que nos mantengamos con él, a través de la fidelidad a Cristo y a Su Iglesia, al nuevo Papa y a la humanidad toda. Ω

AL FIEL ATLETA de Jesucristo

monseñor Ramón SUÁREZ POLCARI

EL PASADO 2 DE ABRIL QUEDÁBAMOS CONSTERNADOS con la noticia del fallecimiento de nuestro muy querido papa Juan Pablo II. Una vez más nos sorprendía la muerte a pesar de estarla esperando e, incluso, pidiéndola como descanso del que venía prolongando un ya muy largo Vía Crucis ofrecido con tanto amor para bien de toda la humanidad.

Plaza de San Pedro, el Vaticano, 2 de abril de 2005. Momentos antes de que fuera informado el deceso del Papa.

Foto: AP

¡Qué gran Papa nos regaló Dios! Uno de esos Papas que podremos llamar, en tiempo no muy lejano, Magno y, por qué no, Santo.

Al día siguiente del tránsito de este hombre de Dios, me llegaron las primeras vistas de lo que fue ese momento de conmoción mundial. La Plaza de San Pedro abrazaba con las columnatas de Bernini a decenas de miles de fieles de Roma y peregrinos de tantos lugares.

En cuanto dieron la dolorosa noticia, muchos comenzaron a llorar y la gran mayoría, rompió el silencio momentáneo con aplausos que se prolongaron por mucho tiempo.

¿Por qué aplaudían un hecho tan doloroso? Porque el Espíritu tocó los corazones y les hizo sentir el gozo único de los que siguen creyendo en las palabras de Jesús: "Yo soy la Resurrección. El que cree en mí…, no morirá para siempre" (Cf. Jn. 11, 25 - 26)

Juan Pablo II había corrido durante 83 años en pos de la Verdad y de la Vida y, ahora, llegaba a la meta (Cf. Fil 3, 14) donde le aguardaba *la corona de gloria que no se marchita* (Cf. I Cor 9, 24 – 26).

Por eso aplaudían como miles y millones de hombres y mujeres de todas

Plaza de San Pedro

Foto: Reuters

Santa Clara, jueves 22 de enero de 1998. Misa celebrada en el Instituto de Cultura Física "Manuel Fajardo".

Foto: Arturo Mari

La visita del Santo Padre Juan Pablo II a Cuba fue un regalo de Dios que se proyecta hacia un futuro esperanzador. El buen Papa, el Santo Papa, nos acompañará desde el Cielo.

las latitudes del planeta, de tantas culturas y posiciones sociales, cuando veían aparecer la figura de este Papa carismático, moderno, cercano, espontáneo, portador de la Verdad y de la Paz.

Así me sentí el pasado domingo viendo estas imágenes de Roma y mi mente se trasladó siete años atrás a la pista del Aeropuerto Internacional de La Habana "José Martí". Aplaudía al Papa con aquella duda emocional de no creer lo que estaban viendo mis ojos: El Papa llegaba a Cuba. ¡Cuántos años esperando este momento que se hacía ahora realidad!

La primera vez que vi de cerca al papa Juan Pablo II fue en el Monte de la Gloria, a unos kilómetros de Santiago de Compostela. Era el año 1989. Desde entonces: Roma (1989), Roma (1992), Denver, Colorado (1993), Manila, Filipinas (1995), Cuba (1998) y, por última vez, Roma (junio de 2004).

Pasados los tiempos de desconcierto sobre la posible visita del Santo Padre a nuestra patria, se hacía oficial la invitación y comenzaba el tiempo de preparación que abarcaría todo el año 1997. Estaré siempre agradecido a los que pensaron en mí para formar parte de la Comisión Preparatoria de la Visita. Era el último de la lista de cargos. Nada más y nada menos que responsable del Orden y la Seguridad. ¿Cómo hacerlo, por dónde empezar, a quién acudir? No pasó mucho tiempo y aparecieron los amigos experimentados. Monseñor Cristian Prech con su importante experiencia de Chile; después, Varsovia, Cracovia y Jasna Gora, en la misma tierra del Papa. Mucho me aportaron, el resto lo llenó el Espíritu Santo.

Fue un año hermoso cargado de celebraciones, reuniones, temores humanos, alegrías en el Señor y, mucha oración. El fruto, una visita que marcó de forma muy positiva nuestra historia como pueblo y como Iglesia.

Mi valoración sobre esa visita podría parecer muy parcial o poco modesta. Puede que tenga de ambas. Me atrevo a decir que fue muy buena, muy organizada, muy deseada y muy festiva. Que estuvo a la altura de las mejores. Sea por lo que fuere, pues sé que sobre este tema hay muchas opiniones. Mi pueblo gozó de esa visita. Fueron días de paz, de ilusiones y esperanzas, de fraternidad y cercanías.

No olvidaré la señora del barrio –muy habanera y muy negra– que al saber que viajaría a Roma tras la visita, me dijo en la calle Salud: -¡Oye, Padre, dile al Papa que vuelva! Y a mi pregunta sobre el motivo de su deseo, me contestó: - Porque esos días fuimos muy felices.

Lo he dicho y lo seguiré diciendo: La visita del Santo Padre Juan Pablo II a Cuba fue un regalo de Dios que se proyecta hacia un futuro esperanzador. El buen Papa, el Santo Papa, nos acompañará desde el Cielo.

Sirvan mis pobres palabras como homenaje imperecedero a la feliz memoria del papa Juan Pablo II. Ω

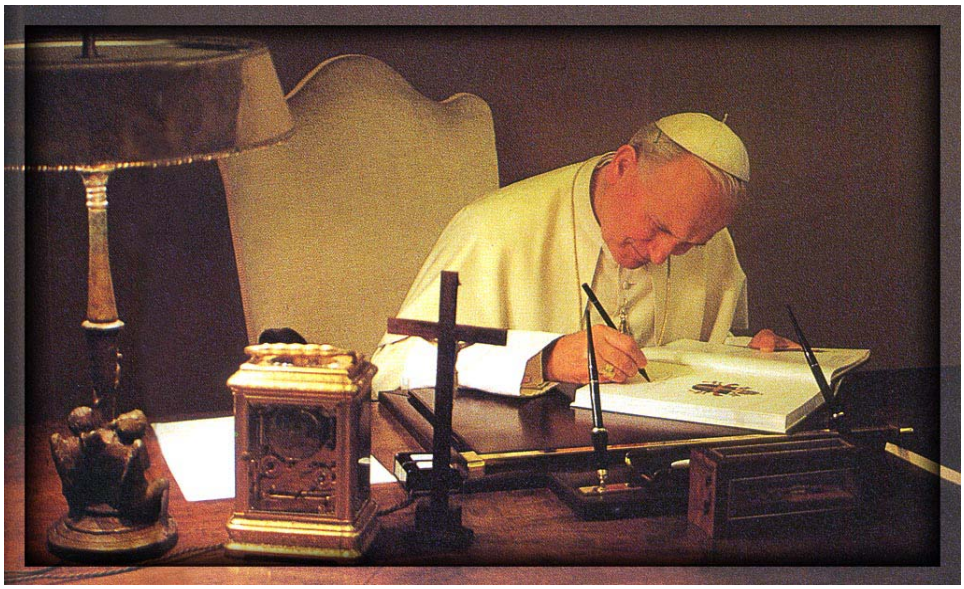


Foto: Gianni Giansanti

JUAN PABLO II, EL GRANDE, COMO SE LE HA COMENZADO A LLAMAR, pero también y creo que con razón, el Sabio. Porque si queremos entender este gigante del espíritu, debemos contemplarlo desde sus propias convicciones no sólo teológicas, también sus raíces filosóficas y culturales. Y, de partida, no sirven de nada categorías políticas nacidas en la revolución jacobina como *derechas* o *izquierdas* o categorías desgastadas y vacías como *conservador* o *progresista*. Karol Wojtyla ha sido siempre un apasionado de la causa del hombre.

Juan Pablo II, el sabio:
"La dignidad del ser humano"

por padre Narciso DE LA IGLESIA RODRÍGUEZ, SDB*

Habiendo vivido en su propia carne el flagelo de la Segunda Guerra Mundial, Karol Wojtyla quedó convencido de que la crisis de la civilización mundial que había convertido el siglo XX en una carnicería entre hermanos era una crisis del humanismo, una crisis causada por ideas desesperadamente erróneas sobre la persona humana, sus orígenes, su historia y su destino. Estaba convencido de que el "drama del humanismo ateo" había conducido, inexorablemente, al Gulag, a Auschwitz y al debilitante utilitarismo que reduce a los seres humanos a materiales que otros manipulan. De ahí que comenzara de una u otra manera a liderar una Iglesia que ayudara a rescatar el proyecto humanista proponiendo una alternativa al humanismo ateo: el humanismo *cristiano*, basado en la convicción de que Jesucristo revela tanto la faz del Padre misericordioso como el verdadero significado de nuestras vidas[1].

A cuatro días tan sólo de haber "concluido su carrera y haber combatido bien su combate" nos vienen a la memoria de manera espontánea muchas de sus palabras, gestos, documentos, publicaciones personales que fácilmente nos hacen afirmar que su pontificado se puede definir como el que ha hecho de la *dignidad de cada ser humano el camino de la Iglesia*[2]. Bien podemos afirmar que Juan Pablo II ha dejado su vida proclamando contra viento y marea, por todos los foros del mundo: la defensa de la vida, de la libertad, de la concordia y la paz, la preocupación por los más necesitados de cualquier raza y religión, la unión de esfuerzos para el desarrollo de todos los pueblos, la solidaridad y la invitación constante a cuidar de la creación.

Desde estas coordenadas e intentando señalar los fundamentos filosóficos de sus enseñanzas, aunque es imposible desligarlas del contexto teológico, señalaría:

-) La persona humana como primer valor y valor trascendente. Convicción personal de primer orden pero, sin duda, fruto experiencial después de haber vivido la horrenda ocupación nazi de su tierra y luego el castigo cruel de la tiranía comunista y estalinista. En muchos de sus alocuciones en distintos países solía recordar que la justicia social sólo es verdadera si está basada en los derechos de la persona. Y esos derechos sólo serán realmente reconocidos si se reconoce la dimensión trascendente del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, llamado a ser su hijo y hermano de los otros hombres, destinado a una vida eterna. Negar esa trascendencia es reducir el hombre a instrumento de dominio, cuya suerte está sujeta al egoísmo y a la ambición de otros hombres, o a la omnipotencia del Estado totalitario, erigido en valor supremo[3]. El olvido de Dios es también olvido del hombre, dicho con palabras del Concilio que Juan Pablo II gustaba citar, "por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida"[4].

-) Juan Pablo II siempre ha estado dentro de la tradición del pensamiento dialogal, en consonancia con la antropología de Martin Buber y Emmanuel Levinas, que sostiene que la persona es un sujeto relacional llamado a la entrega sincera a los demás. Ideas que aparecen frecuentemente en sus catequesis sobre el amor humano. Dios crea al hombre, como unidad-de-los-dos, como varón y mujer, para que el hombre no esté solo, como un yo-tú que se descubren mutuamente y se convierten en un nosotros-comunidad trascendente. La creación del hombre es un acto de comunión (de las Personas divinas) que hace radicar justamente la imagen y semejanza de lo humano con Dios en su carácter relacional.

-) La prioridad del hombre como sujeto de la acción humana y la acción como camino para entender a la persona. Esta comprensión del hombre que recupera fenomenológicamente la antigua doctrina sobre el *ágere* y el *facere* se introducirá como propuesta esencial, años después, en la encíclica *Laborem excercens* donde se afirma la prioridad del trabajo sobre el capital, y la prioridad de la dimensión subjetiva del trabajo sobre la objetiva[5]. La persona se construye a sí misma (construye en cierto sentido parte de su subjetividad) al momento de construir el mundo. La sociedad posee "subjetividad" cuando el modo humano de la acción, es decir, la acción solidaria, se establece como dinámica estable en una comunidad. El Estado, la democracia y el mercado sólo pueden constituirse a la altura de la dignidad humana cuando se diseñan y operan a favor de la subjetividad personal y social.

-) La dignidad de la persona humana como fin y nunca como medio de nadie ni de nada, que debe afirmarse por sí misma o, dicho de otra manera, la norma personalista de la acción: Karol Wojtyla en su obra *Amor y responsabilidad* realiza una amplia relectura de la segunda modalidad del imperativo categórico kantiano. Justamente su condición de fin es la que permite entender que la persona es "digna", es decir, posee un valor absoluto incuestionable. Este valor es el fundamento y origen de la norma más importante y primaria de todas. ¡Hay que afirmar a la persona por sí misma y nunca usarla como medio! Juan Pablo II en la encíclica *Veritatis splendor* afirma que el fundamento de la moral cristiana es el encuentro con una presencia. El amplio pasaje en el que se narra el encuentro del joven rico con Jesús intenta mostrar el fundamento personalista de la moral cristiana. Este argumento permitirá que el Papa sostenga, con toda su autoridad magisterial, que es a la luz de la dignidad de la persona humana cómo la razón descubre el valor moral específico de algunos bienes a los que la persona se siente naturalmente inclinada. De ahí la exigencia moral originaria de amar y respetar a la persona como fin y nunca como un simple medio[6].

Bien podemos decir que Juan Pablo II nos ha descubierto el valor de filósofos y pensadores como Rudolf Otto, Paul Ricoeur, C. S. Lewis y Max Scheler, todos ellos citados en las catequesis sobre el amor humano. Él mismo reconocerá en la encíclica *Fides et ratio* el aporte de autores casi olvidados o dejados de mano como Antonio Rosmini, John Henry Newman, Vladimir S. Soloviov, Jacques Maritain y Edith Stein, entre otros[7]. En *Cruzando el umbral de la esperanza* el Papa mostrará su admiración hacia Martin Buber y Emmanuel Levinas[8]. Más aún, en este libro explicará de qué manera existe un antecedente kantiano en su pensamiento como filósofo y como Papa[9]. También serán muy conocidas sus palabras al elogiar a figuras como Maurice Blondel y Paul Ricoeur[10] por sus aportes al diálogo entre la fe y la razón. Otra importante contribución filosófica de Juan Pablo II es precisamente hacer una lectura analítica del pensamiento plural y de la misma realidad basada en un auténtico amor a la verdad.

Con justicia hay que reconocer que Juan Pablo II ha sido un verdadero filósofo, es decir, un amigo de la sabiduría puesta al servicio del hombre, de su promoción y de su dignidad. La plena realización del hombre no consiste simplemente en llenarse de conocimientos abstractos acerca de la verdad, sino también en una relación activa de entrega y fidelidad hacia el otro, una entrega sincera a los hermanos[11]. Tanto el Evangelio como la razón natural nos muestran la verdad de esta afirmación. Y quien nos lo ha enseñado tan valientemente y con tanta insistencia bien merece el título de "sabio" porque acertó en la forma y en el momento preciso. Te corresponde a ti papa Wojtyla, Juan Pablo II, el Sabio. Ω

NOTAS

1 Weigel, G (2002) *El coraje de ser católico*, Barcelona 2003: 209.
2 Cf.: Juan Pablo II (1979) Carta enc. *Redemptor hominis*, 14.
3 Juan Pablo II, Homilía a los jóvenes en Belo Horizonte (Brasil, 1-VII-1980).
4 CONC. VAT. II, Const. Past. *Gaudium et spes*, nº 36.
5 Juan Pablo II, *Laborem excercens*, n. 6.
6 Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, n. 48.
7 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, n. 74.
8 Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona. 1994, p. 56.
9 *Ibidem*, p.p. 198-199.
10 Juan Pablo II, Discurso para la entrega del Premio Internacional "Paulo VI", 5 de julio 2003.
11 Juan Pablo II, Idem, *Fides et ratio*, n. 32.

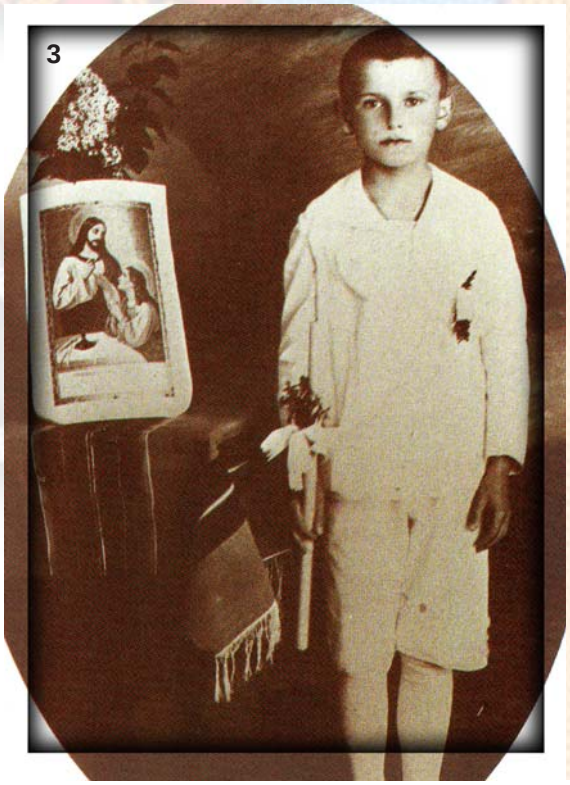
* *Sacerdote salesiano. Licenciado en Filosofía. Párroco de San Juan Bosco, de la arquidiócesis de La Habana.*

DE KAROL WOJTYLA A JUAN PABLO II

1

2

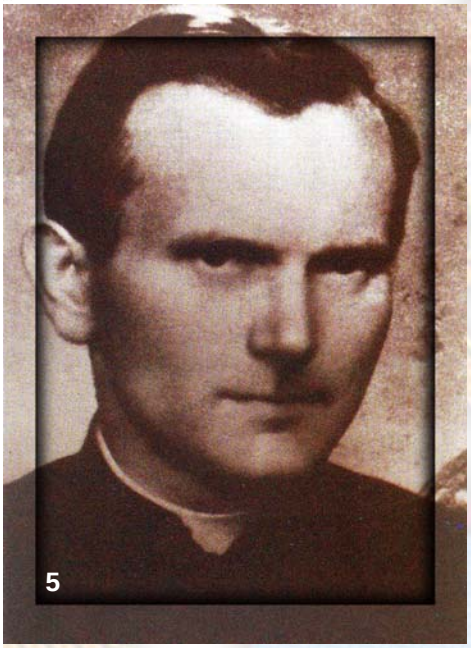
Nacido del matrimonio profundamente religioso que formaron Karol y Emilia (1 y 2), el futuro Papa sintió pronto los dolores de la vida: Su madre murió antes de su primera comunión (3), su hermano cuando él tenía 12 años, ocho años después muere su padre y queda solo en la vida (4).


3

"A una edad relativamente temprana quedé huérfano de madre y convertido en hijo único. Mi padre era admirable...los violentos golpes que tuvo que soportar abrieron en él una profunda espiritualidad y su dolor se hacía oración."

Juan Pablo II

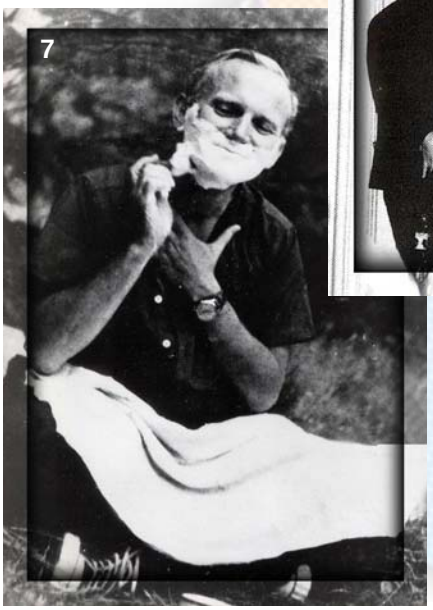
4


5

6

Durante la ocupación nazi se cierran las universidades y el joven Karol debe trabajar. Después de la muerte de su padre se convence del llamado de Dios e ingresa en un seminario clandestino. Ordenado sacerdote en 1946 (5), el padre Karol será también un amante de los ejercicios y la vida en las montañas (6 y 7). Siendo ya Cardenal, iniciará una estrecha amistad con el padre Stanislaw Dziwisz, su secretario personal (8) y seguirá esquíando en los montes Tatra (9).

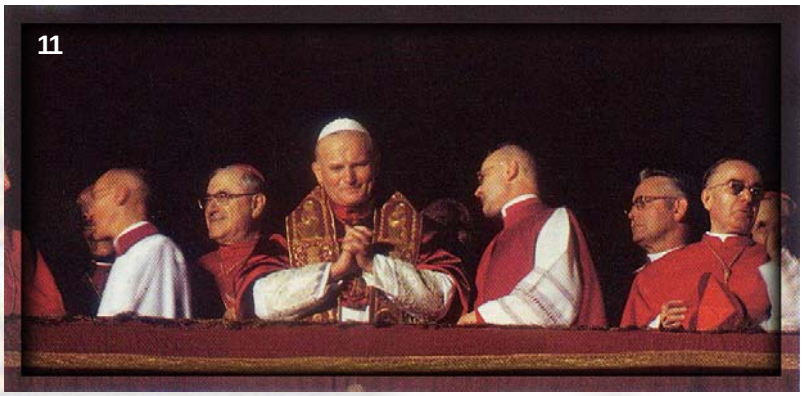
8

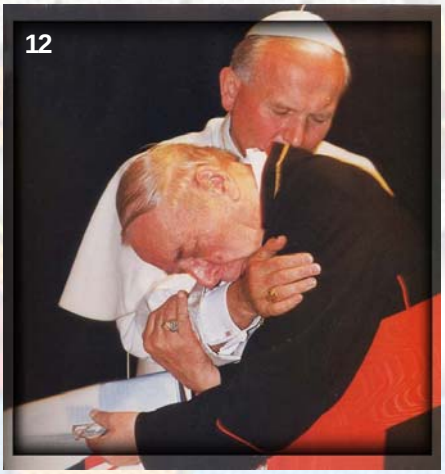

7

9

"Tengo presente
en mi memoria
el momento interior
en que oí
el llamamiento de Cristo:
'ven y sígueme'."

Juan Pablo II

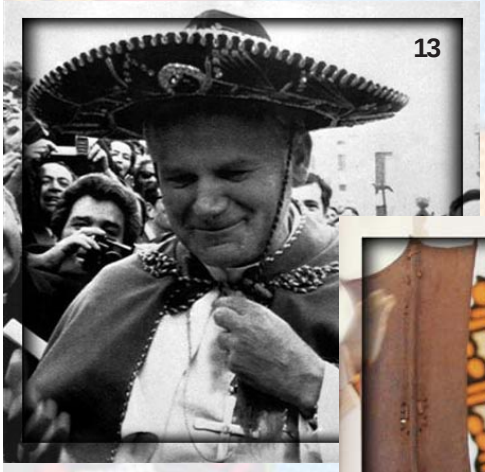




Tras la muerte de Pablo VI, Juan Pablo I es elegido Papa y el Cardenal Wojtyla le rinde obediencia (10). Menos de dos meses después el mismo Wojtyla es elegido Papa (11) y sobre él caerá la responsabilidad, anunciada por el Cardenal Wyszynski (12) de conducir la Iglesia del Tercer Milenio. Su pontificado se caracterizaría por las peregrinaciones pastorales por todo el mundo (13, 14, 15).

"El Papa va a las diferentes partes del mundo,
como mensajero del Evangelio para decir
a tantos millonesde hermanas y hermanos...
que Dios los ama, que la Iglesia los ama,
que el Papa los ama..."

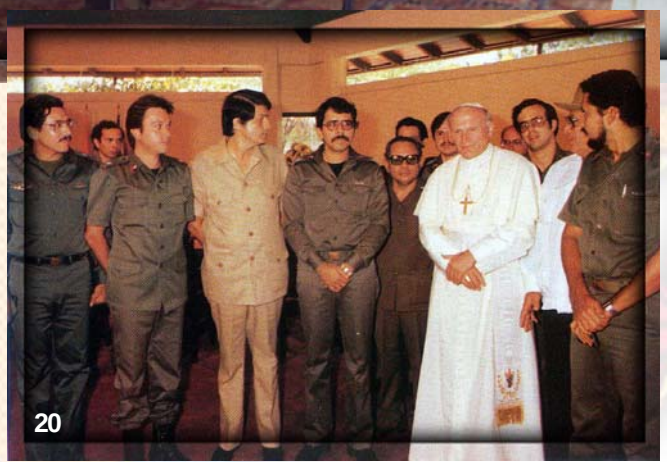
Juan Pablo II



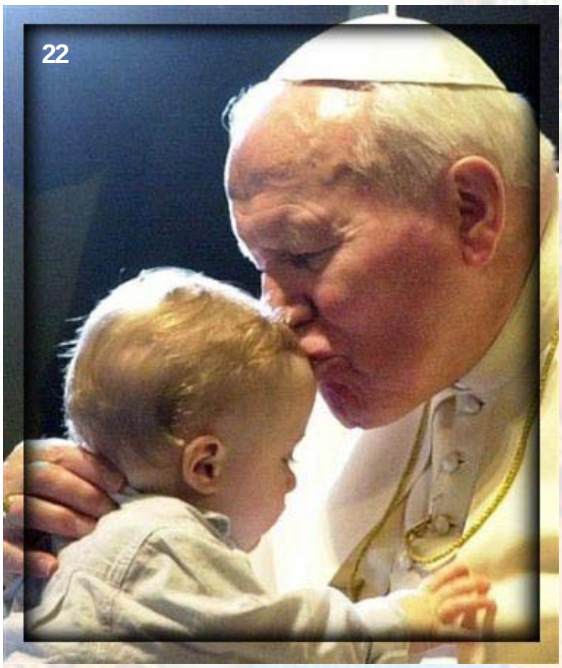
Gran atención mundial demandaron también sus encuentros con líderes políticos. En las imágenes, con el líder soviético Mijail Gorbachov (16); el Rey Juan Carlos I, de España (17); el ex líder comunista polaco Wojciech Jaruzelski (18); con el General Augusto Pinochet (19) y con la Junta de Comandantes Sandinistas en Nicaragua (20).

"La paz en el interior
de las naciones,
la paz en las relaciones
entre los pueblos:
esta es la labor
que la Iglesia desarrolla
y la colaboración que ofrece
a todos los hombres
de buena voluntad."

Juan Pablo II



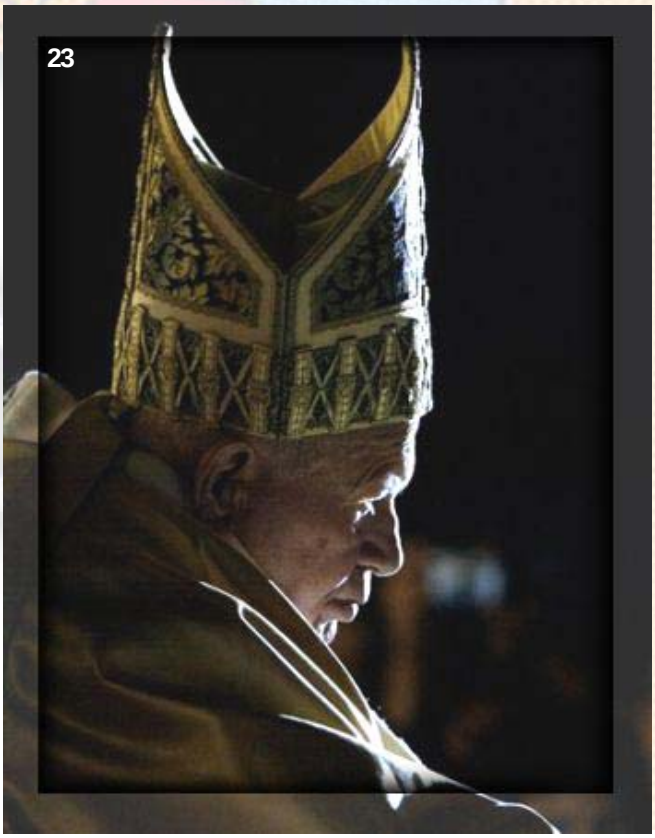
Fotos: Galazka, Arturo Mari, EFE, AFP, AP, Reuters, Gianni Giansanti



Un Papa alegre y cercano que visitó Cuba (21), que defendió la vida humana (22), dispuesto a cumplir la voluntad de Dios hasta el último momento de su vida (23 y 24).

"Quiero decir a todos sólo una cosa: 'Que Dios os recompense'."

Juan Pablo II



LAS EXEQUIAS DEL PAPA: LOS NÚMEROS HABLAN

CIUDAD DEL VATICANO, MARTES, 12 abril de 2005 (*Zenit.org*). Tres millones de personas han venido a Roma con motivo del fallecimiento y exequias de Juan Pablo II, un acontecimiento que está siendo cubierto ya por más de seis mil comunicadores, según informó este martes la Santa Sede.

Joaquín Navarro-Valls, portavoz vaticano, recogió en este martes datos sobre la presencia de los medios de comunicación y la afluencia de peregrinos a Roma desde el momento de la muerte de Juan Pablo II hasta el día de sus exequias (3-8 de abril).

Según el comunicado vaticano, la Sala de Prensa del Vaticano y el Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales han entregado más de seis mil acreditaciones a periodistas, fotógrafos y agentes de radio y televisión para la cobertura mediática del acontecimiento.

Si bien la nota de prensa reconoce que es imposible saber cuántos canales de televisión transmitieron la misa de exequias por Juan Pablo II el 8 de abril, constata que 137 cadenas televisivas de 81 países han comunicado al Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales que transmitieron los funerales.

Los funerales fueron seguidos por Internet a través de la página web de la Santa Sede por un millón 300 mil personas.

Concelebraron la misa 157 cardenales. Estuvieron presentes 700 arzobispos y obispos, tres mil prelados y sacerdotes. Los sacerdotes que distribuyeron la comunión eran 300.

Estuvieron presentes 169 delegaciones extranjeras, 10 monarcas, 59 jefes de Estado, 3 príncipes herederos, 17 jefes de Gobierno, 3 consortes de Jefes de Estado, 8 vicejefes de Estado, 6 viceprimeros ministros, 4 presidentes de Parlamento, 12 ministros de Asuntos Exteriores, 13 ministros, 24 embajadores, 10 presidentes, directores generales y secretarios generales de organizaciones internacionales.

Foto: AFP

Los restos del Papa Juan Pablo II al momento de ser trasladados de la Sala Clementina al interior de la Basílica de San Pedro.

Estuvieron presentes también delegaciones de 23 Iglesias ortodoxas e Iglesias ortodoxas orientales, 8 Iglesias y comuniones eclesiales de occidente, 3 organizaciones cristianas internacionales. Además, participaron varias delegaciones y exponentes del judaísmo, 17 delegaciones de religiones no cristianas y de organizaciones para el diálogo interreligioso.

Citando datos de la Protección Civil Italiana, la Santa Sede constata que del 2 al 8 de abril, tres millones de peregrinos llegaron a Roma. En esos días, 21 mil personas entraron cada hora en la Basílica Vaticana, 350 por minuto.

La media de tiempo necesaria para ver los restos mortales del Papa fue de 13 horas y 24 horas el tiempo de espera máxima. La ancha cola llegó a extenderse por 5 kilómetros.

En el día de los funerales, 500 mil fieles en la plaza de San Pedro y en la Vía de la Conciliación pudieron seguir la misa fúnebre, mientras que 600 mil lo hicieron desde otros lugares de Roma a través de grandes pantallas. Por la ciudad, se colocaron 29 grandes pantallas. En el atrio de la Basílica de San Pedro, en puestos de preferencia, siguieron la Eucaristía 400 discapacitados.

Entre los peregrinos, algunos de los diez mil voluntarios repartieron gratuitamente tres millones de botellas de agua. Se ofrecieron cuatro mil intervenciones de asistencia sanitaria, en 21 puestos médicos avanzados. El ayuntamiento de Roma envío 20 mensajes por SMS al teléfono celular de 43 mil 500 ciudadanos con información sobre la acogida a los peregrinos y el tráfico. Ω